

BOLSILIBROS
BRUGUERA
Selección TERROR
EL ESPIRITU
DE LA ZINGARA
Ralph
Barby



ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

458 — Los crímenes de la calavera, Ada Coretti.
459 — Viajando con el diablo, Clark Carrados.
460 — Hollywood, Horror show, Donaíd Curtís.
461 — Soy yo, Ia muerte, Ada Coretti.
462 — El enigma de la mansión Stanrhode, Clark Carrados.

RALPH BARBY

EL ESPIRITU DE LA ZINGARA

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 463
Publicación semanal
Aparece los MARTES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4

Depósito legal: B. 35.940-1981
Impreso en España - Printed, in Spain
1.ª edición: enero, 1982

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, asi como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1982.

CAPITULO PRIMERO

Las oficinas habían cerrado sus puertas y ante mí se presentaba un nuevo fin de semana. Tengo que admitir que me sentí sola.
Me había disgustado con unas amigas y otra, más o menos de confianza, había optado por salir a solas con un hombre que le había propuesto convivir con él a título de experiencia prematrimonial.
En muchas ocasiones había deseado tener un fin de semana completo para mí sola, un fin de semana en absoluta libertad, sin tener que dar explicaciones a nadie.
En los últimos tiempos solía pasar los días festivos en compañía de un grupo de amigos y ahora que tenia el fin de semana completamente libre, me daba cuenta de que no sabía qué hacer.
Encerrarme en mi mini apartamento para dormir, ver la televisión o simplemente oír música, era algo que no me apetecía. La lectura era distinto, sí. leer era otra cosa. En mi coche siempre llevaba varios libros empezados y, según las circunstancias, tomaba uno u otro y me sentaba a leer, ya fuera en un banco público, en la mesa de una cafetería o tumbada en el césped de algún parque.
Podía leer en cualquier parte, para mí no tenía complicación alguna, ya que sabía aislarme del mundo que me rodeaba y me sumergía profundamente en ios temas que los libros me brindaban.
Estacioné mi pequeño automóvil en un parking y me introduje en un cinematógrafo.
Me disolví en la oscuridad de la sala y vi el film, un drama familiar. Había sido llevado a la pantalla con tanto realismo que consiguió desasosegarme.
Acababa de digerir una película buena, de calidad, pero hubiera preferido algo más ligero y divertido.
Ahora, el resto del fin de semana se me presentaba más oscuro, más feo, como si los colores se hubieran esfumado y mis ojos, como los de algunos animales, sólo vieran el blanco y el negro con la correspondiente gama de grises, como un televisor de blanco y negro.
Todo era gris y oscuro, porque lo cierto es que ni siquiera veía nada blanco que reflejara luz.
Me sumergí entre los curiosos que se habían filtrado en una exposición de pintura.
Los cuadros no me dijeron nada y llegué a preguntarme si el problema estaba en el pintor que no había sabido transmitir nada en sus lienzos o era yo la que estaba incapacitada para captar el arte, su mensaje.
Descubrí a los interesados en comprar, identifiqué a los ociosos que, como yo, escapaban de la soledad en multitud de la calle.
Vi al pintor y al marchand, el primero con una enorme cabellera de

rizos que, sin duda alguna, era peluca. El marchand, por su parte, no tenía ningún miedo en lucir su calva; sabia io que quería y a lo que iba, lo demás le importaba
poco.
Me introduje en un self service y tomé una cena frugal.
Sentí frío al pensar que tenía que regresar a mi apartamento que se hallaba en los suburbios de la gran ciudad, unos suburbios relativamente tranquilos y residenciales, pero lejos del centro vital de la metrópoli.
Podía escoger entrar en algún teatro, ver una revista musical, mas pensé que era una estupidez llegar a todo como simple espectadora.
En el cine, en el teatro, en la revista, debía permanecer en silencio sentada en una butaca; en las exposiciones de arte podía pasar de un cuadro a otro, pero sin expresar emociones y mucho menos participar con mis propias ideas.
incluso, en la lectura, tenía que ser espectadora pasiva de
cuanto relataba el autor. Y si llegaba a mi apartamento y me instalaba frente al televisor, ¿qué era yo? Una telespectadora muda y quieta, claro que tenía derecho a comer palomitas de rnaíz y tomar alguna bebida refrescante.
Si ponía discos o cassettes, me sucedía lo mismo. La música la habían compuesto unas personas desconocidas para mi y, por supuesto, la interpretaban otros seres, músicos o no músicos. Era como si hasta para gozar tuviera que adoptar una actitud pasiva.
Dentro de mí subió corno un helor que, por un instante, me hizo pensar en la muerte. ¿Para qué vivía? ¿Acaso para ver gozar de lo que hicieran los demás, sin participar yo nunca?
Me vi aplastada por un camión... Sería aquélla una participación brutal, sangrienta, mi última participación en la vida. Podía arrojarme desde Io alto de un edificio, tomar una botella de gasolina y rociar mi cuerpo con ella para después prenderme fuego en mitad de Piccadilly Circus... En aquellos instantes, seria yo Ia generadora de diversión y los demás, los espectadores.
Pensé que al día siguiente los periódicos hablarían de! suicidio de una loca, quizás de una joven drogada, y me horroricé.
En aquella actitud depresiva en que me encontraba, me sorprendió sentirme interpelada cuando acababa de detenerme frente a un semáforo.
—Oye, si quieres divertirte, síguenos.
Miré el automóvil que se habia detenido junto al mío y me pareció que dentro de él viajaban seis jóvenes, dos muchachos y el resto, chicas, quizás estuviera equivocada.
Reían y una de las muchachas agitó su mano con un gesto de saludo.
No les conocia, no les había visto jamás. No dije nada, parpadeé. El

semáforo cambió de color y oí unos claxonazos que seguramente debían ser para mí.

El coche cargado de hombres y mujeres jóvenes arrancó casi con violencia, ruidoso y alegre.

Puse la primera marcha, solté el embrague y pisé el acelerador. Mi corazón palpitó más aprisa dentro del pecho, detrás de mis senos llamativos.

Encendí las luces. El día moría y la visión se tornaba engañosa, era la hora del crepúsculo.

Seguí al automóvil desconocido, cargado de risas. ¿Qué podía ocurrirme? Llegar a algún lugar cargado de diversión, quizá donde se tomara «chocolate» o incluso drogas más duras?

Podía sucederme algo desagradable, pero no quise concienciarme de ello. Era como si un viento tuerte, un huracán, empujara mi pequeño coche en pos de Ia hipotética diversión, del enigma, en pos de la aventura.

Pisaba el acelerador y el motor roncaba. Cambié la marcha y no me entretuve' en pensar que podía detenerme algún policía por exceso de velocidad.

Rodaba tras las luces de señalización del coche que me precedía. Era como si hubiera saltado al espacio en pos de un cometa que ignoraba adonde podía llevarme.

Salimos del área metropolitana. Cruzamos los suburbios residenciales uno tras otro, parques y más parque?.

Circulamos por la Old North Road y cuando ya nos habíamos alejado más de veinte millas de la gran ciudad, tuve un alfilerazo de miedo.

Aquella loca carrera, ¿adonde me llevaría? ¿Merecía la pena? La soledad, el aburrimiento, la depresión eran peor, me dije, y no aparté el pie de! acelerador

El coche que iba delante se salió de la carretera para introducirse en una vieja pista que algún día estuvo asfaltada, pero de cuya conservación no parecía haberse ocupado nadie.

Estaba llena de baches y la suspensión de mi coche lo acusaba.

El vehículo a! que yo seguía se detuvo frente a una especie de gran caserón que se hallaba muy cerca de la pista.

El cielo era negro, muy negro. la luna no había aparecido aún.

Una lámpara de luz amarillenta iluminaba la puerta y el rótulo anunciador, hecho con forja de hierro, decia: «LA TABERNA DE LA PELIRROJA».

—¡Vamos, adentro, hay que divertirse! —gritó el joven que había conducido el otro coche.

No conocía a nadie. Me vi cogida de los brazos por dos de las chicas que reían. Me pareció que. estaban muy pálidas pese a su alegría, reían con una facilidad inagotable.

Contagiada de sus carcajadas, reí también mientras penetraba en la taberna.
El local, muy grande, se hallaba iluminado con lámparas de petróleo.
Las paredes eran de madera vieja y conté no menos de dos docenas de pesadas mesas. Abundaba la gente, unos clientes que me sorprendieron y me hicieron exclamar:
—¿Es carnaval?
Todos vestían como si fueran de otra época. Abundaban los hombres, pero también habían mujeres, algunas extremadamente gordas y otras, por contra, muy delgadas, con una palidez azulada que de no haber estado contagiada por la hilaridad que me envolvía, me hubiera sobrecogido.
—¡Cerveza, whisky, ron! —gritó uno de tos chicos que destacaba por su precioso cabello rubio lleno de bucles. Para pedir las bebidas, se había encaramado sobre una mesa.
Un sujeto extraño, con un ojo tapado por un parche negro y que recordaba a un pirata por sus ropas, por su aspecto genera!, colocó una palmatoria encendida entre las piernas de! joven de los bucles.
Las carcajadas aumentaron y el joven saltó, gritando.
—Idiota, un poco más y luego, hasta te hubiera deseado —masculló aquel sujeto arrancado de un libro de historias marinas, un hombre que tenía una voz bronca y oscura.
Dos mujeronas gordas, pálidas también, sirvieron bebidas.
Me sentí cogida de! brazo por aquella especie de pirata que no me inspiraba confianza alguna. Intenté desasirme, pero sus dedos parecían de acero. Grité y mi grito se fundió entre ¡as carcajadas que abundaban en la taberna.
—No tengas miedo, pequeña. ¿Conoces a la pelirroja?
—¡No, suélteme! —grité.
Sin hacer el menor caso de mis exigencias, me llevó hasta
una mesa donde había una mujer huesuda, de rostro alargado, mentón afilado y muy prominente.
Cubría su cráneo una gran cabellera pelirroja llena de rizos. Sus ojos eran pequeños y, sin lugar a dudas, tenía más años de los que cabía desear.
—Aquí te traigo a esta palomita.
—Hola, Alicia:
Quedé perpleja. El hombre había soltado mi brazo, pero era como si me hubieran clavado los pies en el suelo.
—¿Cómo, me conoce?
—Yo sé más de lo que tú puedes imaginar, Alicia.
—Yo no la conozco a usted.
—Pero has venido a buscarme.
—No es cierto.

—Entonces, ¿qué haces aquí?
—He venido a... Bueno, seguía a un coche, me aburría y... Será mejor que me marche, sí, eso, será mejor que me marche —le dije.
Tenía miedo, no sabía de qué, pero el miedo se había metido ya en mi sangre y circulaba raudo por mis venas.
La pelirroja sacó un mazo de naipes. Yo quería irme, se io había gritado, pero no conseguía mover los pies y era como si ella Io supiera.
—Baraja las cartas.
—No, yo no juego.
—No seas estúpida, Alicia, en la vida jugamos todos, en la vida y en la muerte —añadió con lentitud, como clavando una aguja dolorosa en el cuerpo de quien deseaba dañar.
De forma mecánica barajé los naipes y devolví el mazo a la pelirroja mientras en Ía taberna se seguía bebiendo y riendo, como en un extraño y patético carnaval.
La pelirroja comenzó a colocar cartas boca abajo, eran los naipes del Tarot.
Cuando hubo dispuesto las cartas adecuadamente, me miró.
—Aquí está tu futuro, Alicia.
—No me interesa.
—Levantaremos la carta de tu presente...
Alzó el naipe despacio, me observaba a mí y no a la carta.
Rehuí su mirada y clavé mis ojos en la mano de la pelirroja. Era una mano larga, muy larga. Las uñas también eran muy largas y de color azulado.
Puso el naipe boca arriba y pude ver a aquel ser horrible, protegido con una larga capa y blandiendo una guadaña.
--La muerte —anunció la pelirroja.
Comenzó a reír estentóreamente. Dentro de mi cráneo, las risas se fundían haciéndose obsesivas,
—La muerte, Alicia, la muerte —repetía aquella mujer.
Retrocedí unos pasos, asustada.
Me volví y me encontré entre dos de aquellos hombres que me parecían horriblemente carnavalescos.
Me izaron entre sus brazos y me sentí transportada aprisa, muy aprisa, hasta una pared donde había un espejo grande. Fui lanzada contra él.
—;Noooo! —grité.
Temí que los pedazos de cristal cortaran mi rostro, mis manos.
Esperé oír el estallido del espejo, pero éste no se produjo. Yo caí, no sé dónde.
Rodé por un suelo blando y quedé quieta, aturdida.
Estaba segura de haber pasado a través del espejo, temblaba. Temía abrir los ojos. Moví las manos y descubrí que era arena lo que tenía

entre los dedos.
El mar estaba cerca de mí, lo oí bramar. No era un mar tranquilo, las olas resultaban altas y espumosas.
El plenilunio se había apoderado de la noche. En el cielo lucía una luna muy grande y redonda, sorpresivamente redonda.
Me senté sobre la arena y di vueltas a mi cuerpo flexionando ¡a cintura.
Divisé el horrible caserón que era la taberna de la pelirroja. Vi una galería o terraza con barandas de gruesos maderos y allí estaban todos riendo, gritando, cantando con jarras y vasos entre las manos.
Era como si al atravesar el espejo hubiese caído en la playa; podía ser un truco, me dije.
No sé si el grito llegó a brotar de mi garganta; lo que si sé es que me aterroricé al ver la gigantesca rata tan cerca de mí.
Despedía un olor nauseabundo, era monstruosa y mediría los dos metros sin contar la cola. Clavaba sus ojos en mí, como indecisa en decidir si yo era una presa para ella. Sus incisivos se me antojaron aterradores.
Comencé a retroceder y noté algo duro. Me puse en pie de un salto y me vi enfrentada a una araña o algo que se le parecía, igualmente monstruosa.
Dentro de mi garganta, las cuerdas vocales debían haberse endurecido hasta tal punto que no vibraban, era como si estuviera muda.
Quise gritar, esta vez conscientemente, y no salió ningún sonido de mi boca o quizás sí, algo áspero que apenas se podía oír.
Temiendo que ¡as piernas también me pudieran fallar, eché a correr sobre la arena que frenaba mis pasos.
Un murciélago pasó chillando sobre mí, me rozó los cabellos con sus patas.
Me arrojé al suelo y sentí un dolor profundo, muy profundo en mi cabeza; después, la oscuridad.

CAPITULO II

—¿Te encuentras bien?
Alicia no abrió los ojos. La voz que acababa de interrogarla era masculina, grave y tranquilizadora a la vez, una voz que quedaba envuelta entre los chillidos de las gaviotas.
Las manos del hombre !e tocaron el pecho, le abrieron la blusa y la joven notó que una oreja se pegaba entre sus senos.
—Tu corazón late.
Abrió los ojos. A su lado había un hombre relativamente joven, llevaba una barba recortada y sus ojos le parecieron de color azul oscuro; no le conocía, pero no la asustó.
—Iba a hacerte el boca a boca, hubiera sido un placer.
—¿Quién, quién eres? —inquirió Alicia, titubeante.
—Me llamo Lewis. Estaba haciendo footing por esta playa solitaria cuando te he descubierto. Iba a marcharme para llamar a la policía, pero he pensado que podía ser peor dejarte sola.
—¿Dónde estoy? —preguntó, pasándose la mano por el rostro.
—A unas cincuenta millas del cogollo de la city. ¿De dónde eres?
—¿Qué importa? —volvió a pasarse la mano por la cara, la arena le molestaba—. Me duele la cabeza.
—Tienes una herida, has debido caerte contra la roca. Podías haberte roto la cabeza.
Alicia se tocó la frente con cuidado, notó la hinchazón y un poco la erosión; le dolía tan solo rozarse.
—¿Está muy hinchada?
—Un poco —¡e dijo él sonriente, como para tranquilizarla.
—¿Tienes un espejo?
—No. ¿Cómo llegaste aquí? ¿Algún ligue y luego el tipo se marchó?
—¿Ligue? No, no. —Se observó a sí misma, llevaba los pantalones puestos.
—No es raro que por las mañanas aparezcan chicas tiradas en las playas. Hay tipos que se las llevan en sus coches, las gozan y como un klínex, después de usar a tirar. Se largan dejándolas en la playa a merced de cualquier otro que quiera violarlas o robarles.
—Sí, ya lo sé, pero yo llegué en mi propio coche.
—¿Y dónde está tu coche?
—Arriba, frente a la taberna. Creí sufrir unas alucinaciones, me asusté y corrí, debí caerme contra la piedra.
—Está bien. Vamos a tu coche, si puedes caminar.
—Sí. claro que sí. Uy... —se- quejó, sintiéndose como mareada.
—Tendrás que hacerte una revisión de cráneo. Una caída con pérdida de conocimiento puede ser mala.
—¿Eres médico?

—No, mi padre sí lo es. Yo soy marino mercante.
—¿Marino y estás en tierra? —sonrió Alicia.
—Cerca del mar y en vacaciones, precisamente las empecé ayer. Vamos, te acompañaré a tu coche.
—Está delante de la taberna. Todo el mundo estaba en la .. taberna, era como carnaval.
—¿Todo el mundo en Ia taberna, estás segura?
—Claro. Cantaban, reían, gritaban, me asusté. No sé por qué vine hasta aquí; creo, creo que seguí un impulso.
Se dejó ayudar por aquel desconocido llamado Lewis que la condujo hasta lo alto de Ia pendiente, cerca de la carretera. El edificio de la taberna quedaba próximo.
Alicia se detuvo observando el viejo caserón; su expresión era de asombro.
—¿Qué te pasa, no es ese tu coche?
—Sí, pero la taberna...
—Fue una taberna. Es muy vieja, debe hacer muchos años que no funciona. Por aquí dicen que está maldita.
—¿Maldita?
—Sí. Los vagabundos que la conocen no se refugian en ella para dormir, la temen. Por lo que sé, un hombre la compró hace años antes de la Segunda Guerra Mundial y todo le saiió mal. Intentó venderla y nadie se la compró.
—Asombroso.
—Ese hombre desapareció durante la guerra y no se volvió a saber de él. Aquí hubo un puesto de vigilancia de costa; explotó una bomba fortuitamente y murieron tres soldados y cinco quedaron heridos.
—Pues sí parece que está maldita, pero ayer funcionaba, había mucha gente bebiendo, gritando, riendo.
—Imposible.
—¿Imposible, por qué?
—Porque ahí dentro no hay nada, el viento cruza en todas direcciones. Si no te da miedo entrar podrás verlo por ti misma. Fíjate en las ventanas, están destrozadas y ni siquiera hay puerta.
La muchacha tuvo que admitir que, efectivamente, era un viejo y destartalado caserón; incluso, el suelo estaba roto.
—¡Cuidado!
Alicia ahogó un grito. Una tabla acababa de ceder bajo sus pies y estuvo a punto de caer a una especie de sótano.
—Hay que andar con cuidado por aquí. Ya te lo he dicho, hasta los vagabundos rehuyen este lugar. En los días de tormenta el viento silba aquí de forma distinta, es más lúgubre dentro que fuera.
—¿Y cómo sabes tú todo eso?
—Porque he nacido en un pueblecito que está cerca de aquí, a unas

cinco millas. Anda, vente conmigo y te curarán la herida.
—Me siento confusa. Juraría que anoche estuve aquí y ella, ella tenía las cartas de Tarot...
—¿La pelirroja?
—Sí, la pelirroja, estaba aquí. Hablé con ella, se rió de mí.
—Algunos aseguran haberla visto, es su fantasma.
—¿Fantasma, lo dices en serio?
—Yo no he visto nunca ningún fantasma. Lo cierto es que ni creo ni dejo de creer en ellos, pero los hombres que vivimos la mar. Los marinos de profesión y de corazón, sabemos algo de fantasmas, de misterios difíciles de explicar.
—No era un fantasma sino un ser real.
—Los que dicen haberla visto insisten en lo mismo, claro que hay un pequeño problema.
—¿Cuál?
—Hace más de doscientos cincuenta años que murió.
—¡No es posible!
—Será mejor que salgamos, tienes mala cara.
—Sí, sí, salgamos.
Ya en el exterior, Lewis comprobó que el coche de Alicia tenía ias puertas sin el seguro y las llaves en el contacto.
—¿Te importa que conduzca yo? Si no te sientes bien...
—Sí, sí, puedes conducir tú.
Lewis la llevó a un pueblecito marinero en cuyo nombre ni siquiera se fijó Alicia. La casa grande, antigua, habia sido puesta al día en confort y era señorial.
El padre de Lewis resultó un hombre muy alto, de pelo canoso, aspecto afable y mirada serena. Llevaba barba como su hijo, pero era ya casi blanca.
Alicia se dejó reconocer por él.
—¿Te importaría que te examinara el cráneo por rayos X?
—Puede hacer lo que quiera.
—Sería mejor unas placas, pero por hacerlo rápidamente... —se excusó el médico que !a estuvo inspeccionando. Al fin, dijo—: Nada; sin embargo, si a partir de ahora tienes jaquecas en exceso o se te nubla la vista, deberás acudir a un médico y explicarle lo que te ha ocurrido. Te harán una exploración más a fondo.
—Estoy bien, doctor Lastson.
—Lewis me ha contado que viste a la pelirroja. ¿Es cierto?
—Pues, si no va a encerrarme, diría que sí. No estoy loca, ¿verdad, doctor?
—Oh, no. Si tuvieran que encerrar a todas las personas que dicen haber visto a un fantasma, no había establecimientos suficientes. Además, según cuentan. Ia pelirroja se ha aparecido en diversas

ocasiones, sólo que hay una constante que parece romperse en ti.
—¿Una constante, cuál? —inquirió, interesada.
—Por lo que yo sé y conste que no lo sé todo respecto a este asunto, los que la han visto han sido alcohólicos habituales.
—Y o no soy alcohólica.
—Lo sé, lo sé, se te nota en seguida. Puedes tomar un sherry, pero eso no es ser alcohólica. La verdad es que la taberna es un lugar apasionante, lleno de misterios. Ha ardido en varias ocasiones sin consumirse jamás, dicen que es por la humedad de sus maderas. El mar está cerca y yo pienso que también podía haberse desmoronado por putrefacción, ya que iodo en ella es prácticamente de madera.
Cogió una pipa de barro y procedió a llenarla de picadura de tabaco, interrumpiendo su explicación. Luego, prosiguió:
—Dicen también que la madera es de un tipo de ciprés que no se descompone, que dura una eternidad. Por cierto, Alicia, ¿te importaría contarme cómo ocurrió todo?

CAPITULO III

Estaba consumiendo su almuerzo en el self-service en compañía de unas compañeras de oficina, cuando le vio.
Alicia no participaba a fondo en las charlas de las otras chicas que solían basarse en los atractivos masculinos de los jefes o en lo desagradables que podían resultar algunos de ellos, especialmente los viejos, porque los jóvenes o maduros, aunque estuvieran casados, siempre podían obtener el divorcio.
Dobló el periódico y lo metió en su bolso.
—Hasta luego —se despidió, sin fijarse en nadie.
Pudo oír comentarios tras de sí, cuchicheos y algunas risitas.
Alicia avanzó tras el muchacho de los rizos rubios.
Le había reconocido de inmediato. Era más joven que ella, alto y pálido. Tenía muchas posibilidades de ser un chico que no había trabajado jamás, uno de tantos que juegan a ser músicos o artistas para no verse encerrados en un área industrial o un complejo de oficinas, oficiales o privadas.
Salieron a la calle.
El joven rubio se encontró con una chica que caminaba en dirección contraria. Era hermosa, vestía una blusa holgada y una falda de influencia zíngara que le llegaba a los pies.
De su hombro colgaba un ancho bolso de serraje muy sobado que posiblemente olería a bocadillos de queso y embutidos.
Alicia se detuvo, ladeando su rostro.
Buscó sus gafas de sol y se las caló pese a que no brillaba el sol. Ahora veía a través de las lentillas y de las gafas, ya que era algo miope, una miopía que no le restaba atractivo en absoluto.
Observó cómo los dos jóvenes se abrazaban y besaban. Luego, echaron a andar.
Una mujer que paseaba su fox terrier notó que el perro tiraba de la cadena, revolviéndose hacia la pareja, grabándoles.
—Quieto, quieto —exigió al animal.
Alicia ignoraba lo que iba a conseguir con aquella especie de persecución.
No podía pedir el auxilio de la policía, ya que de bien poco podia acusarles; si lo hiciera, correría el riesgo de que la encerrasen por loca.
Caminaron como unos diez minutos por las calles del centro de la city, Alicia ni se fijaba en el nombre de éstas.
Les vio introducirse por un callejón estrecho que originariamente servía para que los propietarios de las principales casas introdujeran carruajes en sus propias cocheras.
Aquellos callejones conducían a patios interiores donde, antiguamente, las caballerías eran desenganchadas y los carruajes

podían dar la vuelta para ser retirados después a la cochera.
El encarecimiento del espacio había hecho que los locales que antes fueran cocheras sirvieran ahora como comercios muy especializados o talleres artesanales.
Los dos jóvenes se introdujeron en una sala de arte de las que tanto abundaban en la city, una sala que posiblemente no se gastaba ni un chelín en anunciarse en los periódicos.
Alicia dudó, se sentía sola y violenta en mitad del patio al que estaba prohibido el acceso de automóviles.
Se dijo que si el joven de los rizos la había reconocido, ya no tenía objeto ocultarse de él y si no la había identificado, probablemente seguiría sin reconocerla, de día las cosas cambiaban.
Tras estas reflexiones, se decidió a entrar en la galería de arte.
La sala era más grande de lo que cabía suponer por su entrada. Se entremezclaban los objetos antiguos y los modernos y entre óleos y tallas debían haber muchas falsificaciones.
Nadie se le acercó para interpelarla.
Se oían murmullos de conversaciones, habían varios grupitos de personas. Unos hablaban entre si y otros contemplaban las obras expuestas de forma casi anárquica.
La pareja a la que había estado siguiendo se reunió con otra chica. De pronto, se volvieron hacia ella. Alicia, a su vez, se volvió hacia un óleo oscuro que pendía de una de las paredes.
El lienzo ofrecía la imagen de una zíngara ajada cuyos ojos estaban cargados de bolsas. Tenía una nariz grande y el pintor había hecho evidentes en ella unas venillas rojas.
El cabello de la zíngara era canoso, con un aspecto sucio y descuidado; el realismo de la pintura era grande.
Alicia sintió que el frío se refugiaba en su cuerpo. Tuvo una impresión semejante a la de haber caído en las aguas heladas del mar del Norte.
Quería gritar, pero el agua entraba en su boca e inundaba su garganta, impidiéndoselo.
La gitana del cuadro la estaba mirando, no cabía duda. Sus ojos se habían clavado en Alicia y en sus labios afloró una sonrisa maligna, de neta superioridad. Era la sonrisa de quien está seguro de lo que va a suceder y que nada va a hacer para impedirlo.
—No es posible —se dijo—, ¿Me estaré volviendo loca?
Retrocedió un paso y tropezó con alguien que se había colocado tras ella.
—¿Le agrada el cuadro, miss?
—¡Ah!
—¡No tiene por qué asustarse. Yo llevo esta galería de arte. me llamo Patrick Gordon. Puedo sugerirle la adquisición de magníficas obras de arte, no es necesario ir a Portobello para adquirir una verdadera

ganga.
—Yo, bueno, la verdad —titubeó Alicia—. Este cuadro me ha impresionado.
Con voz de quien sabe lo que dice, el encargado de la galería de arte opinó:
—Ciertamente no pertenece a las corrientes modernistas
de la pintura, pero es un óleo que será eterno. Las moda son cambiantes, mas las auténticas obras de arte perduran. Aunque sean postergadas en algunas épocas, vuelven a resurgir.
—¿Quién es? —preguntó Alicia, señalando al cuadro.
—Es una obra de Georgio.
—No, me refiero a ella.
—Ah, Ia zíngara. Pues, según el autor, se trata de Selene.
—¿Selene?
—Si, supongo que sería el nombre de Ia zíngara. Por cincuenta libras es suyo.
—No. no, gracias.
—Cuarenta libras, es una atención que tengo con usted porque me doy cuenta de que es la primera vez que visita esta galería de arte.
—Es que...
—Firme un cheque por treinta libras y no hablemos más. Se lo voy a envolver.
Aquel individuo, sin encomendarse a Dios ni al diablo, sin esperar el asentimiento de la joven, le dio la espalda y descolgó el óleo, ¡levándoselo consigo para empaquetarlo.
Alicia tuvo el impulso de alejarse corriendo, pero no lo hizo y terminó firmando un cheque por valor de treinta libras.
Cuando buscó con la mirada a los jóvenes a los cuales había seguido, ya no estaban.
—Como el servicio de portes encarece mucho la compra, puede llevárselo usted misma. Después de todo, no es muy grande.
Cuando Alicia se vio en la calle cargada con el extraño cuadro de la zíngara Selene, se sintió torpe y estúpida como un vulgar turista que acabara de ser engañado.
Le pasó por la mente la idea de desprenderse del cuadro, bastaba con dejarlo en el suelo y despedirse de sus treinta libras.
—Miss, se olvida ese paquete —le advirtió un bobby que apareció de pronto a cuatro o cinco pasos de ella.
Forzó una sonrisa para excusarse.
—Oh, no, agente, es que pesa un poco. Acabo de comprarlo, es un cuadro, dicen que de valor.
Mentalmente se preguntó por qué daba tantas explicaciones, y no halló una respuesta lógica a su comportamiento.
—¿Desea que la ayude a buscar un taxi?

—Ah, sí, gracias.
El taxista le cobró un suplemento de dos chelines por .llevar el cuadro en el maletero. La muchacha comenzaba a sentirse muy incómoda.
Llegó tarde a la oficina y se excusó diciendo que había tenido que ir a recoger el lienzo. La jefe de sección anotó algo en la ficha de Alicia que a ésta no le gustó.
Se encasquetó los auriculares para mecanografiar una grabación magnetofónica que le habían dejado y pese a la rabia, a la velocidad con que atacaba las teclas de la máquina de escribir, se daba cuenta de que no llevaba a cabo bien su trabajo.
Al término de la extraña jornada, se vio de nuevo en su miniapartamento, compuesto tan solo por una pequeña habitación una salita, un cuarto de baño y una cocina para emergencias que apenas servía para hacerse un té.
Dejó el cuadro apoyado en el sofá y observó las paredes de la salita.
Tenía cuadros, pero todos eran de ínfima calidad. Las únicas obras que consideraba algo valiosas eran dos litografías de Dalí y que no había examinado de cerca, porque posiblemente fueran reproducciones de litografías auténticas; de lo contrario, no se las hubieran dejado allí los anteriores inquilinos del apartamento.
Quitó un bodegón que siempre le había parecido horrible, quizás pintado por algún aficionado de tercera que entre sus familiares quería dárselas de pintor y que alguien había comprado en una galería de arte similar a la que ella visitara aquel día.
Colgó el cuadro del clavo y le pareció que quedaba demasiado bajo para resultar estético.
El formato era más vertical, mientras que el bodegón que había quitado era alargado. Se encogió de hombros.
La zíngara que antes tanto la asustara ahora no era más que una imagen, carecía de la expresión que la había impresionado justo antes de que apareciera el hombre que había terminado casi obligándola a comprar.
De pronto, Alicia se rió y se llamó tonta por haberse asustado tanto, era demasiado impresionable.
Puso en marcha un magnetófono y se sirvió un gimlet. Se sentó en el sofá y mientras el ambiente se llenaba de música, tomó un libro y comenzó a leer.
—¡Maldita seas, maldita!
Quedó quieta, preguntándose si la voz que acababa de oír se había generado en su mente o era algo real.
Se volvió despacio para mirar la pintura recién adquirida, un desasosegante presentimiento la obligó a encararse con ella.
—¡No!
La zíngara volvía a mirarla como lo hiciera en la galería de arte. Sí,

estaba segura de que la miraba, aquella imagen tenía vida. La miraba y sonreía malignamente.
—¡Maldita seas, maldita seas!
No cabía duda, la zíngara acababa de hablar.
Alicia se puso en pie de un salto y sintió miedo, mucho miedo.
Controlándose a duras penas, tomó su trenka y el bolso del que no solía desprenderse porque en él llevaba la documentación y sus llaves.
Abandonó el apartamento. No se sentía capaz de permanecer sola allí dentro estando el cuadro de la zíngara llamada Selene.
Al llegar a la calle, no supo qué hacer.
Su mente estaba confusa, aturdida por el miedo. De pronto, apareció ante ella una de las chicas del extraño coche que la condujera hasta la taberna de la pelirroja.
Alicia se inmovilizó, como si tratara de disolverse en el aire.
Aquella joven de tez muy pálida y que parecía tener más o menos su edad, se le acercó sonriendo plácidamente.
Al llegar a su altura, le puso las manos sobre los hombros y como si la conociera de toda la vida, la besó en ambas mejillas sin que Alicia correspondiera.
De súbito, un brutal, sorpresivo y repugnante vómito de sangre le dio en el rostro. Fue tan horrible la impresión que Alicia se hundió en las tenebrosas ciénagas del vértigo..
El mundo giró en torno a ella aún después de que sus ojos dejaran de ver y su cuerpo quedara tendido sobre la acera.

CAPITULO IV

Cuando Alicia despertó, se hallaba en una habitación desconocida, sumida en una tranquilizante penumbra.

Se abrió la puerta y le pareció ver a una enfermera que se acercaba a Ia cabecera de la cama en la que yacía.

—¿Cómo se encuentra, Alicia?

Miró a la enfermera y preguntó:

—¿Estoy en un hospital?

—En una clínica que cuida de su salud. Quédese tranquila, todo marcha bien.

La enfermera la dejó sola.

Alicia intentó recordar y a su mente acudió la imagen de aquella joven desconocida vomitando sangre sobre su cara.

Estremecida aún por los recuerdos, vio como se abría de nuevo la puerta y aparecieron dos hombres precedidos por la enfermera. A uno de ellos le conocía, aunque en aquellos momentos se sentía desorientada.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó el hombre que vestía de verde y que de inmediato comenzó a inspeccionar los ojos de la muchacha—. Esto va muy bien, pero tendremos que hacer más exploraciones.

El otro hombre de cabello canoso observaba en silencio.

El de la bata verde hizo anotaciones en una hoja y luego hizo un aparte con el otro hombre. Se despidió junto con la enfermera, dejándolos solos.

—¿Te acuerdas de mí, Alicia?

—Sé que le conozco, pero...

—Soy Lastson, el doctor Lastson, del pueblecito costero.

—Ah, sí, el padre de Lewis.

—Eso es; antes conocían a mi hijo por mi, veo que ahora me van conociendo a mí por mi hijo.

—¿Qué es lo que me pasa, doctor?

—Aquí te harán una buena exploración. Lewis me avisó de que habías sido internada en este centro y que pasara a visitarte. Por lo visto, mi hijo cree mucho en su padre, aunque la verdad es que poco puedo hacer yo en este centro donde existen profesionales de la medicina más cualificados que yo.

—No sea modesto, doctor Lastson, estoy segura de que usted vale mucho.

—Eres muy generosa, quizás los años te hagan cambiar de opinión.

—La medicina está muy deshumanizada, doctor. Usted, usted es humano, no trata a los pacientes como si fueran cobayas.

—Veamos, ¿qué es lo que te sucedió realmente? Lewis me contó que al ir a buscarte a tu apartamento le dijeron que acababas de ser

recogida en la calle y por indicación del bobby que fue llamado te trasladaron a este centro. Lewis ha estado aquí, pero te hallabas inconsciente. Te han hecho radiografías de cráneo y te harán electroencefalogramas. Lewis me telefoneó pidiéndome que viniera y aquí estoy.
—Doctor, me pasó algo horrible…
Alicia, le explicó lo que le ocurrió con la joven en la calle, pero no la impresión tan honda que le produjera el cuadro de la zíngara.
—El cerebro es muy complicado, Alicia. Para advertirnos de que algo no funciona se expresa con alucinaciones, es como en los sueños. Sueñas que caes de una escalera y te golpeas el oído que te duele profundamente; despiertas y te das cuenta de que tu oreja está torcida contra la almohada o que sufres una otitis inesperada. Las alucinaciones diurnas también se dan. aunque expresan un cuadro más complicado para el diagnóstico.
—¿Intenta decirme que lo que sucedió no fue real sino una alucinación y que me desmayé porque anda algo mal en mi cerebro?
—Es posible.
—¿Y la sangre? Vomitó sangre sobre mí. fue algo horrible, doctor, no pude resistirlo.
El doctor Lastson se levantó y fue hasta el armario. Lo abrió y descolgó la ropa que alli permanecía colgada.
—¿Vestías esta ropa. Alicia?
—Sí, esa misma.
—Bien. —La estuvo inspeccionando y al fin dijo—: No hay ni rastro de sangre y la sangre no es fácil de quitar.
Alicia le miró, incrédula. Al fin, más apagada, más preocupada, inquirió:
—Entonces, ¿no me manchó de sangre?
—Las ropas están limpias —las colgó de nuevo.
Alicia ladeó el rostro como para no encontrarse con la mirada del doctor Lastson.
—Me estoy volviendo loca…
—No, no es eso, unas alucinaciones pueden ser sólo el aviso de un problema, nada más. ¡.Habías visto a esa joven en alguna otra ocasión?
—La noche de la taberna de la pelirroja, era una de las chicas que iban dentro del coche que yo seguí, pero usted trata de decirme que todo esto son alucinaciones, fantasmas de mi cerebro.
—No trates de buscar tan pronto la explicación, en ocasiones no es fácil. Te golpeaste la cabeza duramente contra un saliente rocoso y perdiste el conocimiento unas horas, eso puede ser grave. Te pregunté si habías perdido el sentido en más ocasiones y me dijiste que no, pero ahora sí lo has perdido y durante varias horas después de sufrir un

desvanecimiento. Digamos que quizás tengas un problema traumático físico que posiblemente puede solventarse.

—No le entiendo.

—Un mal golpe en la cabeza puede provocar un coágulo de sangre que presione algún lóbulo cerebral, también podrías tener un pequeño tumor fácilmente extirpable. La ciencia ha avanzado mucho y no sería problema grave.

—No siga, doctor Lastson, no siga. Yo las he visto, no son alucinaciones; no sé si son fantasmas o realidades, pero las he visto.

—De todos modos, es mejor que te sometas a un chequeo a fondo. Otra caída con desvanecimiento total podría serte fatal, imagínate que estuvieras conduciendo tu coche que sé que lo tienes. ¿Qué podría pasarte? Y no has de pensar en ti solamente. Podrías atropellar a otras personas, provocar una colisión en la que, hipotéticamente, podrían morir seres inocentes.

—No siga, doctor Lastson, aceptaré el chequeo a fondo; por lo menos estaré segura de que no tengo nada grave en el cerebro.

—Yo no sé qué explicación dar a todo esto.

Iba a añadir algo cuando se abrió la puerta y apareció Lewis vestido de teniente de la marina mercante.

—Hola, Alicia. ¿Cómo te encuentras?

—Creo que mejor, todos preguntáis por mi.

—Lewis, ¿y a tu padre no le preguntas nada? —le interpeló cariñosamente.

CAPITULO V

—Esa es la zíngara Selene —le dijo Alicia a Lewis, señalando el óleo, más tranquila por hallarse en compañía del hombre.
Lewis miró el cuadro, lo inspeccionó con atención y al final, fijándose en la firma, comentó:
—Jamás he oído hablar de ese Georgio.
—Parece que es un pintor desconocido.
—Hay que admitir que la pintura tiene realismo.
—Ya, pero tú no crees que ella pudiera mirarme.
—Todos podemos sufrir alucinaciones.
—Ha quedado claro que no tengo ningún tumor cerebral ni coágulo de sangre que presione en mi cerebro. Estoy bien, bueno, el psiquiatra tiene la última palabra.
—Podemos disipar todas tus dudas si vamos a ver al pintor.
—¿Crees que él podrá esclarecer algo?
—Lo ignoro. Lo mejor sería que lo olvidaras todo, pero me temo que va a ser difícil que olvides.
—Sí, vamos a ver al pintor —asintió, resuelta.
No conocía la dirección exacta de la galería de arte, pero partiendo del restaurante trató de recordar y consiguió llegar al callejón que conducía al patio dentro del cual se ubicaba la sala de arte.
—Ahí está.
—Ciertamente es un lugar muy escondido, entremos.
Ya dentro del establecimiento, Alicia señaló al encargado.
—Creo que se llama Patrick Gordon.
—Míster Gordon...
El interpelado se les acercó, sonrió y ai fijarse en Alicia dijo:
—Creo que usted ya ha estado antes por aquí, ¿no es cierto?
—Le compré un cuadro pintado por un tal Georgio.
—Ah, ya recuerdo. Ia zíngara... ¿Verdad que i'ue la zíngara?
—Sí.
Lewis preguntó:
—¿Podría decirnos dónde encontrar a Georgio?
--¿Al pintor? —inquirió, asombrado.
—Sí, a! pintor.
—¿Para qué lo quieren?
—Pues, para que un amigo nuestro le haga una entrevista y salga en varias revistas...
—Siendo así... La publicidad siempre va bien, precisamente yo tengo varios lienzos de Georgio que podrían salir fotografiados en ¡as revistas, sería de gran efecto.
—Puede —admitió Lewis.
—No crean que es fácil encontrarlo, ya no pinta sus cuadros. Ahora

tienen más valor, pero vayan a ¡as señas que les voy a dar y...
La dirección correspondía a una pensión miserable con habitaciones húmedas e insalubres metidas en el corazón del Soho.
Una mujeruca malcarada les dijo que Georgio solía estar metido en una taberna próxima, que le debía cinco libras y que si no se las pagaba pronto, lo echaría a la calle.
La taberna era lógrega.
Se entraba en ella descendiendo por una escalera y el loca! era una especie de sótano donde abundaban los rostros patibularios, muchos de ellos rostros sin tiempo.
—No me gusta esto, Lewis —musitó la joven.
—Tranquilízate.
Se acercó al tabernero que sonrio, observándolos intrigado.
El sabía muy bien que su taberna no era el ambiente habitual de aquella pareja, pero siempre podía caer algún turista despistado al que sacarle alguna libra.
— Hola, queremos tomar unas jarras de cerveza con Georgio.
—¿El pintor?
—Sí. yo tengo un cuadro suyo.
—Fue un pintor magnifico, pero ahora ya... Es aquel del fondo, está solo, suele andar solo. Se toma una pinta de cerveza y se pasa toda la tarde calentando el banco, no es negocio para mí, pero es un viejo cliente. ¿Cerveza, dicen?
—¿Qué suele tomar él? Me refiero a Georgio —preguntó Lewis.
—Cerveza, y si alguna vez tiene unos chelines se toma un scotch.
—Pues, sírvele un scotch doble.
—El viejo pintor lo agradecerá —encarándose con él, le gritó— ¡Eh, Georgio. aquí tienes a unos admiradores!
Georgio era un viejo carcomido de largos cabellos total mente blancos. Sus dedos eran largos y el conjunto de sus manos resulta ban sarmentosas. Era difícil pensar que cor» aquellas manos pudiera hacer ya algo en arte.
Les miró. Sus ojos estaban cargados de bolsas. Su rostro reflejaba una vida miserable y torturada.
Lewis y Alicia se sentaron a la mesa, el tabernero les sirvió las bebidas.
A la muchacha no le apetecía la cerveza, pero no dijo nada, tampoco la consumió. Aquella jarra espumeante sería el pretexto para estar allí.
El viejo pintor les miró alternativamente.
—Yo compré un cuadro suyo —le dijo Alicia.
—Nunca he sido comprendido —les confesó Georgio que tenia una voz oscura, rota y de tono bajo; apenas se le entendía.
—Yo he visto el cuadro que ha comprado mi amiga y me parece muy bueno —opinó Lewis.

—Gracias, son muy amables.
Tomó el vaso de scotch y lo levantó ligeramente. Era evidente que sus dedos e incluso sus manos estaban anquilosadas por una artrosis irreversible. Era un ser abocado a la tumba.
—Yo tengo un cuadro que se llama Selene.
—¿La zíngara? —se sonrió.
Lewis preguntó:
—¿Lo recuerda?
—¿Cómo no iba a acordarme de ese cuadro? He pintado más de cien iguales. Se vende bien. Los marcharais lo dicen, se vende bien, pero a mi siempre me han pagado mal. Vida miserable la de los que hemos nacido ya aplastados por los explotadores de profesión. Que Satanás los confunda por vivir muy bien a costa de los artistas que nunca habían sido nada.
—¿Y por qué la zíngara? —quiso saber Alicia mirándole con sus ojos verdes mar mientras se alisaba con la mano un mechón de su cabello rubio muy claro.
—Selene era abuela de mi madre. Llegué a conocerla de niño y nunca se me ha olvidado. Su sangre zíngara corre por mis venas, la sangre de la libertad.
—Si fue su bisabuela, en el lienzo aparece demasiado joven para lo que usted puede recordarla —le puntualizó Alicia.
—En realidad, yo la recuerdo más vieja de lo que la he reflejado en los lienzos tantas y tantas veces —musitó con su voz rota por el alcohol y la miseria de una vida que parecía haber sido larga, pues aquel hombre debía estar por encima de los noventa años a juzgar por su aspecto físico—. Yo tenía un pequeño retrato de ella y con lo que pude copiar de éste y lo que yo recordaba, pinté el cuadro. Es el óleo que más veces he pintado en mi vida y es el único que no me ha fastidiado repetir una y otra, vez, aunque lo cierto es que en cada uno ponía algo distinto. Un artista tiene su honor aunque los comerciantes que nos chupan la sangre no lo comprendan.
—¿Y su bisabuela Selene fue alguien importante? —preguntó Alicia. Como que Georgio la observara interrogante, completó—: Quiero decir si destacó como bailarina, echadora de cartas, médium o algo por el estilo.
—Ahora que ya tengo casi los dos pies en la tumba, oí decir que Selene era una bruja, sí, tal como lo oyen, una bruja. Todos la temían pese a que era muy anciana y les puedo jurar que nadie bebía tanta ginebra como ella pese a ser mujer y vieja.
A Lewis se le ocurrió preguntar:
—¿Y cuándo murió Selene?
—¿Morir Selene? —Se echó a reír, era la suya una risa cascada que sobrecogía—. Nadie la vio morir. Un día desapareció y ya no la

volvimos a ver. Cuando querían que los niños nos fuésemos a dormir nos decían que Selene iba a volver y todos temblábamos de miedo.
—¿Y en qué lugar desapareció? —preguntó Lewis.
—No lo recuerdo. Antes, Londres no era lo que es hoy, la city quedaba muy lejos, pero fue más al norte, cerca del mar. He dado tantas vueltas al mundo desde entonces que ya I no recuerdo nada.
Estuvieron conversando un rato más con Georgio hasta que, de pronto, echó su cabeza hacia atrás y comenzó a res pirar profundamente.
—Creo que no nos va a decir mucho más —opinó Lewis—, No obstante...
Sacó una tarjeta del bolsillo de su cazadora, escribió unas palabras en ella y la metió en el bolsillo de! anciano, casi centenario, que había dedicado toda su vida a la pintura y a la bohemia sin conseguir éxitos, ni siquiera logros que hubieran podido hacerle la vida más agradable.

CAPITULO VI

—¿Qué es lo que te pasa últimamente, Alicia? —le preguntó Martha, una de las jóvenes compañeras de! centro administrativo de la que en las últimas semanas se habia distanciado un tanto.
—Nada.
—Sabemos que sufriste una caída y estuviste en el hospital.
—Sí, pero no tuvo importancia —le respondió Alicia, sin : desear contarle lo que verdaderamente la preocupaba.
Sabía que si le explicaba a Martha lo que la estaba aterrorizando, ella lo contaría en Ia oficina y todos la tomarían por loca.
—Pues, ahora te vas a venir conmigo.
Se sintió cogida amigablemente por el brazo.
—¿Ahora?
—Sí, ahora mismo, no puedes negarte.
—Es que tengo que marcharme —protestó sin demasiada firmeza.
—Sé que te han visto acompañada por un marino alto, guapo y con barbita. ¿Te gustan los besos que pinchan o te ha paseado la barba por la piel del vientre?
—No te pases, Martha.
—Si no es nada malo. Si te hace cosquillas con la barba por toda la piel del cuerpo, puede dar gustillo, algún día he de probarlo.
—Lo de Lewis y mío sólo es amistad, él me encontró después del golpe.
—Vaya, el marino salvador. Esto va a terminar en boda.
chica, aprovéchate y toca la música de las relaciones prematrimoniales, tienen su sabor y practicarlas es menos absurdo que casarse en seguida.
—¿Y cómo lo sabes tú, acaso te has casado?
—No, eso no, pero ya llevo tres relaciones prematrimoniales.
--¿Y qué pasa, no cuajan?
—Me lo paso bien, lo mismo que ellos, pero luego, cuan do pasa el tiempo, prefieren cambiar de panorama en vez de meter el tronco fijo en la misma casa. En fin —suspiró largamente—, alguno picará.
Alicia se dejó llevar al apartamento que Lolita tenia rentado y en el que se celebraba nada más y nada menos que la despedida de su virginidad.
—Hola, querida. Pasa, pasa, qué alegría —le dijo Lolita, abrazándola.
La casa, la salita, olía a plum cake y a pastel de manzana. Era un apartamento moderno ubicado en la séptima planta de! edificio. Había moquetas nuevas y dos sofás que aún olían a cola.
—Pero, ¿tú eres virgen todavía?
Lolita se echó a reír.
—Hace cuatro años me violaron, no soy virgen, pero como si lo fuera,

hoy celebro mi despedida de virginidad. Como no es despedida de soltera si no que voy a hacer relaciones prematrimoniales en serio, tenia que celebrarlo.
—Antes, esto se hacía casi a escondidas, ahora se celebra y todo —observó Alicia, irónica—. Pronto tendremos que vestir de blanco para la ceremonia oficial del inicio de relaciones prematrimoniales.
—¡Qué ocurrente eres, querida! Vestida de blanco, no se me había ocurrido… Ya llevo braguitas súper sexy.
—¿Y cómo son?
—Eróticas, muy eróticas. Además, de papel.
—¿Usar y tirar?
—Sí, pero éi tiene que romperlas. Si no puede —todas se rieron— es que no sirve.
—Bueno, el papel de las braguitas suple al himen, ¿no?
—Eso es. Si no se rasga, no tiene gracia.
Se cruzaron algunas procacidades. Estaban cinco muchachas solas y con unas copas de whisky, ginebra y anisette para Martha que no gustaba de las bebidas fuertes, se animaron.
Alguien puso música erótica y los suspiros llenaron el apartamento. Comenzaron a explicarse cosas, a saltar incluso y se encararon con Alicia para preguntarle:
—¿Y cómo es de grueso el mástil de la goleta de tu marino, querida?
—Insisto en que entre nosotros no hay nada en profundidad.
—¿Y a qué esperas? —preguntó Martha.
—No sé, tengo otras preocupaciones.
—¿Y qué preocupaciones son ésas? —insistió Lolita.
Alicia olió a hierba pero no le dio importancia; dos de las chicas fumaban porros y las demás, simple tabaco. Nadie provocó a nadie, pero Ia propia Alicia se sentía como algo donada, quizás un poco ebria, más por el ambiente que por el alcohol ingerido.
Se le ocurrió preguntar:
—¿Has puesto algo en las bebidas, Lolita?
—¿En las bebidas? No digas tonterías, querida. ¿Sabes al precio que están los alucinógenos? Vamos, vamos… Y ahora, cuéntanos, cuéntanos.
—¿Y por qué no cuentas tú? Al fin y al cabo, eres tú la que celebra la despedida de la virginidad.
—Mis braguitas de papel continúan intactas, será otro día cuando cuente algo, no ahora.
—No os lo vais a creer, pero he visto fantasmas.
Se echaron a reír, pero Evelyn se levantó y apagó las luces. Había oscurecido ya y preguntó:
—¿No hay velas?
—No digáis tonterías —protestó Alicia.

—Si has visto fantasmas hay que iluminarse con una vela, si no no tiene gracia —insistió Evelyn.
—Eso tiene remedio —dijo Lolita que tenía un candelabro de dos palmatorias. Encendió las velas y el olor acre de la cera se esparció por la estancia, mezclándose con los demás olores.
—Esto parece ahora más misterioso, ¿no?
—-No os lo toméis a broma, he visto a dos fantasmas —insistió Alicia que había perdido las inhibiciones—. Uno era una tabernera pelirroja que murió hace tiempo.
—¿Y por qué era una tabernera pelirroja? —preguntó Martha. riéndose.
—Porque yo Ia vi. La taberna estaba llena de gente, pero al día siguiente pude ver realmente como está, medio destruida.
—Cuenta, cuenta... ¿Y qué pasó en Ia taberna, intentaron violarte? —preguntó Evelyn.
—Me lanzaron a través de un espejo.
—¿Habéis oido? A través de un espejo, como Alicia en el país de las maravillas —exclamó Lolita, divertida.
Ahora todas reían por nada, posiblemente por efecto del alcohol y la hierba.
—Caí en la playa.
—Oh, qué divertido. Sigue, sigue.
—No os riáis, es verdad. Yo seguí a unos jóvenes que también son fantasmas, no existen. Los he visto varias veces, es como si pretendieran decirme algo y no sé qué. Una chica como vosotras pero que no es real, me vomitó sangre en la cara.
—Alicia, creo que te has vuelto loca.
—¿Loca? ¡No, no estoy loca! —gritó, poniéndose en pie—. ¡No estoy loca, los fantasmas existen! Había monstruos, ratas gigantes, arañas enormes, escarabajos horripilantes y murciélagos rabiosos...
De pronto, oyeron un chillido espeluznante y por la puerta de la cocina, volando apareció el gran murciélago que pasó por encima de sus cabezas, cruzando la salita.
Al primer instante se quedaron calladas pero de inmediato comenzaron a chillar, sólo podían ver la sombra de la bestia que las sobrevolaba.
Las velas dejaban ver mal, una de ellas se apagó por el viento que el enorme murciélago produjo al pasar sobre el candelabro.
El pánico cundió entre las jóvenes.
Lolita trató de refugiarse en la alcoba, pero al abrir la puerta se encontró de cara con un gigantesco escarabajo que abrió sus pinzas hacia ella.
—¡Noooo! —chilló, desesperada.
Evelyn corrió hacia la puerta-de salida para escapar, pero al abrirla,

en el corredor del rellano de la escalera, cerrándole el paso, descubrió a un roedor pardo que mostrándole sus incisivos la obligó a retroceder sin que ella pudiera volver a cerrar la puerta.
El terror se apoderó de las muchachas. Martha se refugió tras el sofá.
Evelyn y Lolita, más despavoridas, se lanzaron hacia las ventanas y las abrieron. Al ver que ¡as horripilantes bestias entraban, cercándolas en la sala mientras el murciélago las sobrevolaba produciendo espantosos chillidos, se lanzaron al vacio gritando.

Alicia se cogió al respaldo del sola y cerró ¡os ojos, apretando los párpados con fuerza para no ver nada.
El pánico era tan terrible que temblaban violentamente, hasta tal punto que abrió su boca V clavó los dientes en el respaldo del sofá.
Apretó las mandíbulas con fuerza, buscando morder de una forma atávica.
Alguien gritaba, gritaba, gritaba. Al fin, se produjo el silencio.
Alicia separó ¡os dientes del sofá cuyo tapizado había horadado. Despacio, abrió los ojos y pudo ver a Martha tendida cerca de ella, inconsciente.
Judith estaba como alelada, de rodillas sobre la alfombra.
Las ventanas estaban abiertas y el silencio, frío y cortante, fue roto por un bobby que entró en el apartamento cuya puerta estaba abierta de par en par.
—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó.

CAPITULO VII

—Miss Alicia,.. —El jefe de personal no la miraba, tenía sus ojos clavados en una ficha que observaba a través de tos cristales de sus gafas—. La situación que se ha creado con el suicidio de sus dos compañeras… —hizo una pausa significativa.

—¿Va a despedirme?

—No, claro que no. Los análisis forenses que llevó a cabo la policía demostraron que usted, exactamente usted y también miss Martha y miss Judith no se habían drogado. Habían tomado algo de alcohol, pero como no conducían vehículos y se hallaban en lugar cerrado, no se les puede decir nada.

—No sucedió en horas de oficina, míster Johnson.

—Es cierto, no las vamos a despedir, pero… Tendrán que admitir que lo sucedido no ha sido un buen ejemplo. Ha salido publicado en los periódicos el nombre de esta empresa, perjudicándola, es como si nuestras empleadas vivieran en una constante orgía.

—Insisto en que lo que ocurrió tuvo lugar fuera del horario laboral.

—Muy bien, pero les sugiero que tomen unas vacaciones. Tranquilícense, viajen, hagan lo que mejor les parezca, pero tómense unas vacaciones. Hay que apaciguar los ánimos, el resto de las empleadas están excitadas y la dirección no desea que se altere la normalidad en la empresa.

Alicia comprendió que no convenía presionar al jefe de persona! que podía tomar medidas drásticas en su contra y también de Martha y Judith.

—De acuerdo. ¿Cuándo hemos de tomar las vacaciones.

--Ahora mismo, firme esta hoja y no permanezca en la oficina más de quince minutos.

Alicia apretó los labios, nada podía hacer. Por el momento no había perdido el empleo, pero tenía que someterse.

Pasaría un mes lejos de la monstruosa oficina donde tantas y tantas mujeres jóvenes parecían abejitas zumbando con sus máquinas preñadas de múltiples y complejos circuitos electrónicos a las que se habían incorporado ya las microplaquetas de silicio para ir eliminando empleadas.

Recogió sus cosas y evitó hablar con el resto de las compañeras. Las encargadas ya estaban sobreaviso y procuraron que las demás empleadas no se acercaran a Alicia. Judith y Martha no habían llegado aún, pero pasarían por la misma situación.

Cuando salió a la calle con sus vacaciones adelantadas que no dejaban de ser un castigo, una especie de expulsión temporal de su puesto de trabajo que, sin duda alguna, repercutiría en sus posibles e hipotéticos ascensos, sollozó en silencio sin dejar de caminar.

Se encerró en su coche y no tuvo prisa en ponerlo en marcha.
Se sentía culpable de lo ocurrido. Estaba convencida de que era la responsable de la aparición de aquellos seres monstruosos que habían desaparecido luego como por ensalmo.
Unos golpecitos en el cristal la sacaron de su ensimisma miento. Volvió el rostro y en Ia acera descubrió al único ser que en aquellos momentos podía tranquilizarla.
—Lewjis...
Lewis vestía unos blue-jeans y un jersey negro de cuello alto. Le abrió la portezuela y Lewis se sentó a su lado.
Antes de que ella dijera nada, él sacó un pañuelo y le secó las lágrimas.
—¿Te han despedido? —le preguntó cariñosamente.
—No, aún no porque tienen miedo al sindicato. La tragedia ocurrió fuera de horas laborales, nada pueden decir aunque sientan que ha quedado perjudicado el buen nombre de la empresa. Según ellos, tienen unas empleadas locas y
drogadictas de las que no se pueden fiar. Maldita sea, que se vayan al infierno.
—Tranquilízate, será mejor que conduzca yo. Daremos una vuelta para tomar aire fresco, un día de estos te llevaré a bogar.
Cuando el coche se separó del estacionamiento, Alicia insistió:
—La culpa es mía, mía. No debí comentar nada, así no se hubieran aparecido los monstruos.
—La justicia dice que sólo las dos que se lanzaron por la ventana habían tomado drogas y en esas circunstancias no es raro que las victimas de la droga se arrojen por una ventana.
A las tres que no os habíais drogado nada os sucedió.
—¿El alcohol no es droga?
—Sí, y peor que la hierba, en mi opinión, pero no está admitida igual. Además, parece ser que una de las chicas había tomado algo más y la otra era adicta a los somníferos. Siempre quedan remanentes que mezclados con nuevas drogas y contando también con el alcohol, pueden originar una tragedia como la que ha ocurrido. Dos muchachas arrojándose por la ventana de un séptimo piso es algo realmente triste, muy triste, pero no debes culparte por lo sucedido.
—Los monstruos estaban allí, nos aterrorizaron.
—Tú los viste, pero ¿sabes realmente lo que vieron las demás? ¿Has estado en sus mentes para averiguarlo?
—¿Quieres decir que ellas no vieron a los monstruos?
—Puede que sí. puede que no.
—Los vieron como yo.
—Tranquilízate, ellas pudieron contagiarse de tu propio nerviosismo.
—Tú no crees en las apariciones monstruosas, ¿verdad?

—Verás, Alicia, he oído hablar de fantasmas que aparecen y desaparecen, especialmente en castillos y casas abandonadas. Inglaterra y Escocia tienen una gran tradición al respecto, creo que las nieblas ayudan a ello. Bajo un sol mediterráneo, las cosas son muy diferentes. Acepto que se ha hablado mucho de fantasmas y se seguirá hablando de seres que murieron y vuelven a aparecer, pero lo otro, lo de los
escarabajos gigantes, las arañas y murciélagos, seres alucinantes y de tamaño monstruoso, la verdad, no encaja.
—¿Y Ia zíngara Selene?
—Yo he visto el óleo y ya has oído como el pintor decía que había pintado más de cien. Cada cuadro tiene poca importancia en sí mismo. Se comprende la reproducción de la zíngara, si como dicen los marchands. se vendía muy bien.
—O sea, no crees que me mirara.
—Pudo ser una alucinación.
—Todo son alucinaciones. Tu padre me hablaba de tumores cerebrales, de coágulos de sangre.
--Cálmate, Alicia, habrás de admitir que todo es muy extraño.
—Si, sé que todo es muy extraño, pero dos compañeras mías han muerto defenestradas. Ha sido horrible.
—Si, muy horrible, pero puede deberse a otras causas.
—¿Y si Ia zíngara tuviera relación con lo sucedido?
—¿La zíngara? —repitió Lewis, deteniendo el coche frente a un semáforo.
—Sí, compré ese lienzo en la galería de arte adonde me llevaron dos muchachos que también me condujeron a la taberna de la pelirroja.
—Pero, ¿quiénes son esos jóvenes?
—No lo sé, no lo sé. Me ha llegado a doler la cabeza, de tanto pensar en ellos buscando una explicación a su presencia. Parece que me arrastren. Vuelvo la cara y me los encuentro, los sigo y... ¡Lewis, Lewis!
—¿Qué pasa?
—¡Ese coche, ese coche, ahí van dos de ellos! —gritó, excitada.
Instintivamente, el hombre pisó el acelerador.
—¿Estás segura?
—Totalmente, es el muchacho de los rizos rubios. Lo reconocería ya en cualquier parte.
Lewis siguió al coche de color rojo oscuro que le precedía. Era un vehículo vulgar, de los que había a millares en la ciudad. Intentó memorizar su matrícula y al poco rato, al volver a mirarla, comprobó con asombro que había cambiado.
Lewis le siguió, acelerando excesivamente. Trataba de alcanzarle, pero aquel coche siempre estaba delante, manteniendo una distancia.

Los neumáticos comenzaron a chirriar al tomar algunas curvas.
—¡Van dentro, Lewis, van dentro, son ellos!
—Si aceleramos más, nos va a detener la policía. Se me ocurre una idea.
-¿Cuál?
Lewis aflojó el pie en el acelerador y su coche redujo velocidad.
—Los vamos a perder —le observó Alicia.
—Es una posibilidad, pero fíjate, allá van, a lo lejos. Ellos también han reducido velocidad.
—¿Y eso qué significa?
—Significa que saben que les estamos siguiendo y no quieren que perdamos su rastro. No tenemos por qué seguirles a gran velocidad corriendo el riesgo de estrellarnos contra otro vehículo que surja de improviso o contra una farola.
—¿Estrellarnos, no será eso lo que pretenden?
—¿Quién sabe?
Lewis se lo tomó con calma, sin dejarse arrastrar por Ia situación.
—¿Y si avisáramos a la policía?
—¿Qué podrías decir a la policía, que delante nuestro viajan unos fantasmas?
Alicia suspiró, como desinflándose.
—Siempre me tomarán por una loca, pero tú los has visto.
—He visto a un coche al que seguimos.
—¿Continúas sin creerme? —inquirió un tanto excitada, molesta por la respuesta.
—Ten calma, es mejor que alguien vea la situación con frialdad. No quiero dejarme influenciar por lo que tú veas o creas ver, de este modo podré ayudarte mucho mejor. No trato de burlarme de ti y tampoco de no creerte, quiero ver a esos seres con mis propios ojos.
—¿Y adonde supones que quieren llevarnos?
—Parece que dando un rodeo nos dirigimos hacia el pueblecito.
—¿A la taberna de la pelirroja?
—Eso es.
—Ahora es de día, todo se verá distinto.
Sí, de día las cosas se ven de otra forma.
Cuando ya circulaban por la carretera, Lewis aceleró intentando dar alcance por sorpresa a quienes les precedían, mas no lo consiguió.
—No hay forma de cogerles.
—No quieren que tú les veas, eso es, no quieren.
Lewis puso el automóvil al máximo de su potencia, arriesgándose a salirse de la carretera en las curvas.
Pasaron rozando algunos camiones; a Alicia se le encogió el corazón y tuvo que contener Ia respiración en varias ocasiones.
El otro coche semejaba tener un motor diabólico y la suerte estaba de

su parte.
Se salió de la carretera principal internándose por una pista en malas condiciones donde Lewis se vio obligado a reducir velocidad diciendo:
—Si sigo así, rompo la suspensión.
El coche que les precedía se alejó de ellos levantando polvo tras de sí.
—Sabemos adonde van —dijo Alicia.
—Si, es indudable que se dirigen a la taberna de la pelirroja por esta especie de atajo que también lleva al village donde mi padre tiene su casa.
—¿Te has fijado en la matrícula?
—Eso es lo que me ha preocupado, la han cambiado varias veces.
—¿.Cómo han podido hacerlo?
—Sé que hay delincuentes que cambian la matricula del coche sobre Ia marcha, mediante un resorte que da la vuelta a la placa y coloca otra en su lugar que ya está fijada en el lado opuesto.
Llegaron al caserón en ruinas frente al cual había un automóvil detenido.
Lewis estacionó el coche cerca de él, de forma que pudieran marchar rápidamente si era necesario y se apeó. Alicia fue tras él. Sus ojos verdes mar buscaron con ansiedad a los jóvenes, especialmente al muchacho de los rizos rubios.
—Aquí no hay nadie —-manifestó Lewis, paseando su mirada por la gran sala que había sido la taberna.
Sin embargo, el caserón era mayor de lo que pudiera parecer en principio, aunque existía el riesgo de sufrir un accidente debido al mal estado de suelos y techos.
—No hay nadie, nadie —repitió Alicia.
—Si el coche está ahí fuera, ellos están en alguna parte.
—Sí, pero ¿dónde?
—Quédate aquí, voy abajo. Esto está muy mal para bajar.
Alicia quiso decirle que se detuviera, mas no lo hizo; necesitaba que Lewis los viera y quedase totalmente convencido de lo que ella decía.
Después de todo, no cabía duda alguna de que habían ¡legado a aquel lugar, Lewis los había seguido con el coche, ya que era él quien conducía,
Lewis saltó unos peldaños que faltaban en la escalera que descendía a una especie de sótano.
Alicia le vio desaparecer, escuchó sus pasos. Estaba tensa, nerviosa. ¿Por qué se habían escondido?
Una profunda sensación de frío la envolvió. Fue como si un viento suave pero gélido penetrara en el ruinoso caserón, procedente del mar.
Se estremeció. Al volverse descubrió dos sombras que la sobresaltaron. Por un instante, antes de que sus ojos alcanzaran a ver claro dentro de

la penumbra fantasmal que reinaba dentro del caserón, dedujo que se trataba de los jóvenes que debían haber llegado en el coche al que habían estado siguiendo, pero su error sólo duró un momento. Inmediatamente se percató de su error y el espanto comenzó a darle dentelladas dentro del pecho. Era un espanto que hacía daño, que la ahogaba.
—No, Dios mío, no, no —repitió con una mezcla de súplica y gemidos.
Lolita y Evelyn estaban allí, frente a ella, ambas ensangrentadas. Eran dos cadáveres vivientes.
Lolita tenía el rostro horriblemente desfigurado en su lado derecho.
Evelyn caminaba como contraída, colgándole los brazos como un muñeco roto que con unos hilos tratase de mantenerse en pie.
La miraban con sus ojos vidriosos, ojos de muerte. No hablaban y el rictus de sus bocas resultaba horrible.
Ambas vestían largos sudarios ensangrentados y avanzaban lenta pero inexorablemente al encuentro de Alicia, como dispuestas a abrazarla con sus brazos helados.
Alicia retrocedió, quiso correr pero cayó por el hueco que conducía al sótano, por aquella escalera traidora a la que faltaban peldaños.
—¡No!
Llegó al suelo, aturdida, dolorida, intentó ponerse en pie y lo consiguió con dificultades, arrastrando una de sus piernas.
Volvió la cara hacia arriba y descubrió las cabezas de las que fueran sus amigas y que ahora eran seres de otro mundo, un mundo en el que Alicia no quería caer.
—¡Lewis, Lewis! —chilló desesperada.
El joven llegó corriendo junto a ella después de haberse metido en las dependencias abandonadas del caserón.
—Alicia, ¿qué te ha ocurrido? Te he pedido que no bajaras es peligroso.
—¡Están arriba, Lewis, están arriba!
Ambos quedaron unos instantes quietos, en silencio, y pudieron oír pasos. No cabía duda, eran pasos. Crujían las maderas, carcomidas por el tiempo y los varios incendios que en aquel lugar se habían producido.
—Voy a ver —dijo Lewis, decidido.
Saltó hacia la escalera para trepar por ella, saltando entre los huecos donde faltaban peldaños.
—Lewis, no me dejes —suplicó Alicia.
Lewis asomó su cabeza a la sala principal de la taberna.
llena de mohos y humedad incluso polvo. No vio nada. Alicia se le acercó subiendo también por la escalera, tratando de no quedarse sola.
—¿Hay alguien ahí? —gritó Lewis.
La respuesta fue el ulular de un viento que se levantó súbitamente y

que al entrar por los huecos vacíos de las puertas y ventanas resultó quejumbroso dentro del caserón.
—No quieren responder. Son fantasmas, las he visto, las. he visto.
—¿Las has visto, qué quieres decir?
—Eran Lolita y Evelyn.
—¿Quiénes son?
—Las chicas que se arrojaron por la ventana y murieron aplastadas contra el pavimento de la calle. Sangraban, eran horribles. Tengo miedo, Lewis, tengo miedo.
—Salgamos —le pidió él, temiendo que le ocurriera algo grave.
La ayudó a subir la escalera y salieron al exterior. Lewis se fijó entonces en el coche allí estacionado.
—Si el coche continúa ahí, ellos están dentro.
—Sí, están dentro, las he visto.
Lewis abrió el coche y una vaharada de humedad corrupta le dio en el rostro.
No había nada, ni siquiera estaban las llaves en el contacto.
—No entiendo, está muy frío —dijo.
—¿Qué quieres decir?
—Que está demasiado frío. Después de rodar por la carretera y a la velocidad que ha venido debía tener calor. Veamos el motor.
Tocó con la palma de su mano la tapa del motor y opinó:
—Está completamente frío y unos minutos no son suficientes para que se enfriara.
Volvió a abrir la portezuela del coche y dio al resorte para levantar la tapa del motor. Al tener éste ante sus ojos, lo observó con atención. Tocó el radiador con las yemas de sus dedos y también el depósito del cárter.
—Está trío. Este coche no ha sido puesto en marcha en las últimas veinticuatro horas.
—No es posible, lo hemos seguido hasta aquí.
—Eso he creído, pero quizás hemos seguido a otro coche y al encontrar éste aquí hemos pensado que se trataba del mismo. Puedes estar segura de que este coche no es el que ha salido de la city, es imposible, el calor no puede desaparecer del motor en unos minutos. Este coche está abandonado aquí.
—¿Por quién?
—Lo ignoro.
—¿Qué significa todo esto, Lewis, qué significa?
—Quizás alguien pretende burlarse de nosotros. Dos coches que se parecían, hemos seguido a uno y luego hemos encontrado al otro.
—¿Crees que es ésa la explicación?
—¿Qué otra puede haber, Alicia?
—No lo sé. A mí me parece que todo lo que ocurre no tiene

explicación alguna para nosotros, ¿Qué es lo que quieren de mí, Lewis, qué es lo que quieren?

Lewis no supo qué responderle. La cogió por los hombros y la condujo a su pequeño coche cuyo motor sí despedía calor; era calor de fuego encerrado, calor de vida.

Se introdujeron en el vehículo y Lewis lo condujo por aquellos parajes solitarios y hostiles en los días invernales. El viento gélido, la humedad del mar, el oleaje agresivo y amenazante, conformaban el paisaje.

Un sendero por el que el cochecito pasaba con dificultades mientras circulara con lentitud, les condujo al village marinero con unas pequeñas industrias que no contaminaban el aire con chimeneas.

Lewis la llevó a la casa de su padre. Este se hallaba fuera, no había nadie en la casa confortable y cargada de historia familiar de pequeña burguesía.

Allí había calor de hogar. La chimenea había estado encendida la noche anterior y durante la mañana quedaban rescoldos. Bastó que Lewis arrojara unos leños y removiese los rescoldos para que la madera prendiera y las llamas resurgieran de entre las cenizas.

—Ponte cómoda, Alicia.

Se quitó la chaqueta, acercándose al fuego.

El frío había penetrado en su cuerpo y le resultaba muy difícil desprenderse de él, entrar en calor.

No tardó en oler a café, el propio Lewis se lo sirvió. Ella tomó la taza y lo bebió sin apartarse del fuego. Después, depositó la tacita en la repisa de la chimenea.

Lewis se colocó a su espalda y Alicia notó las manos masculinas en su cintura. Le agració aquel contacto, la suave presión.

El hombre se acercó más a ella hasta presionar su cuerpo contra el de ella por la espalda, descendiendo sus manos por la redondez de las caderas.

Notó que los dedos fuertes presionaban sus piernas y luego subían por su vientre para llenarse las manos con los pechos jóvenes y duros de la mujer.

—No, Lewis, no —gimió, sin fuerza para rechazarle, ansiosa de aquellas caricias que eran como un bálsamo que podía curarla de sus heridas, de! terror que había estado sufriendo.

—¿Por qué?

—Porque tú crees que estoy loca.

—No es cierto, no estás loca. Eres una mujer para ser amada, estás sola, transpiras soledad.

—Sí, estoy sola, y no sé qué me da más miedo, si seguir sola o acompañada.

—Yo puedo ofrecerte compañía.

—Te arrepentirías.
Levantó la camisa de Alicia y palpó sus pechos al desnudo, pues no llevaba sujetador. Ella se estremeció, no de miedo sino de gozo.
—No juegues conmigo, Lewis, no lo hagas, luego sería demasiado terrible soportar la soledad.
Lewis le hizo dar la vuelta, desnudó su cuerpo y volvió a presionarla contra sí al tiempo que la besaba. El ardor del hombre calentó su piel más que las llamas del hogar y Lewis, sin que ella lo dijera, captó el deseo femenino de quemarse en aquel fuego que él le ofrecía.

CAPÍTULO VIII

El doctor Lastson acababa de tomarle la presión al juez Himmer en la propia casa de éste.
El magistrado le preguntó:
—¿Cómo crees que estoy, matasanos?
—Mejor de lo que supones, pero seguirás sin tomar té, café ni scotch.
—¿Me estás pidiendo que me muera?
—Debes tener siempre una botella del mejor scotch en casa, pero para las visitas, como yo.
—Eres un canalla —le respondió el juez, muy amigable, mientras cerraba el puño de su camisa con los gemelos y se colocaba una bata corta por encima.
El mismo preparó dos vasos y escanció bebida en ellos ante la mirada crítica del doctor Lastson.
—No temas, sólo un sorbito para no desairarte; si bebes en soledad te sentirás mal.
Aquellos dos hombres se conocían de muchos años.
El juez Himmer no había nacido en aquella localidad, pero a fuerza de pasar décadas en el village, había pasado a ser parte del mismo.
Era como tina piedra más, como un árbol, pero con la particularidad de ser el juez, un juez que había sorbido con interés todo el historial de la comarca.
Era un estudioso de la heráldica por hobby y tenía libros rarísimos sobre el tema. Su profesión le había ayudado a interesarse por la vida y milagros de las gentes que allí nacían, vivían y morían más los transeúntes que habían podido ocasionar algún problema.
Estuvieron charlando y el doctor Lastson hizo alusión al caso de Alicia, encontrada en la playa y que luego se había desmayado también en la ciudad.
—No han sido raros los casos en que han asegurado haber visto el fantasma de la tabernera pelirroja —admitió el juez.
—Pero, ¿tú crees realmente en esas apariciones?
—Yo sólo creo lo que veo, lo que se puede testificar y comprobar, será deformación profesional; sin embargo, debo admitir que se cuentan muchas historias que resultan inexplicables para los oídos de la razón. En mi larga vida de juez he tenido que presenciar casos para los que no había una explicación razonable. La monotonía larga y aburrida de una población pequeña se rompe de pronto con la aparición del cadáver de un desconocido que ni siquiera se puede identificar, acuérdate del que apareció flotando. El caso está archivado como el de un marino que debió caer de un buque y se ahogó, no había forma de identificarle. Ropas vulgares que podían comprarse en cualquier almacén, estaba indocumentado, etcétera. A ese personaje se le da

entierro cristiano y se acabó el problema, caso archivado, pero ¿quién era en realidad?
—Jamás lo sabremos.
—Y no es el único caso. Además, hay problemas grandes y pequeños que se ocultan a la justicia, que no se denuncian por miedo, mil clases de miedo: al escándalo, a ser motivo de befa pública, etcétera. En fin, si esa joven asegura haber visto a la tabernera pelirroja, creo que es problema de psicólogo no de otra cosa.
—En el hospital, después de un chequeo profundo, no se le ha encontrado nada grave en el cerebro.
—¿Te cae bien?
—Sí, parece buena chica y a Lewis le cae mejor que a mí.
—¿Piensas que Lewis se ha fijado demasiado en ella?
—Lewis es ya todo un lobo de mar y no me considero capacitado para darle consejos; además, tampoco él los aceptaría. Lo dejo en paz y vivimos bien. Me agradó que confiara en mí cuando se encontró con el problema de la muchacha.
—Debisteis denunciarlo a la policía. La chica se hallaba inconsciente, golpeada en la playa, podía presuponerse la existencia de un delito.
—Sólo había una caída fortuita y una confusión mental, nada más. Ya sabes que si hubiera habido indicios de criminalidad habría sido el primero en llamarte, me conoces bien.
—Sin embargo, a ti te preocupa —le dijo el juez acomodándose en su butaca preferida desde la que podía dominar la plaza de la villa si descorría las cortinas.
—Sí, me preocupa algo.
—En realidad, ¿cómo se llama?
—Alicia Dover… Espera, creo que hay algo importante.
—¿Importante?
—Sí. deja que mire en mis archivos…
Se levantó de la butaca y pasó a una habitación pequeña. Allí estuvo durante breves minutos y luego dijo:
—Tengo un dato, pero está falto de comprobación.
—¿Un dato, a qué te refieres? —preguntó, con la confianza y amistad conque solían tratarse, pues ambos pasaban largas jornadas en compañía, especialmente los días invernales, cuando las nieblas lo invadían todo.
—¿Cuál es el dato?
—No puedo decírtelo.
—¿Es secreto profesional?
—No exactamente, pero a mí me gusta comprobarlo todo antes de dar un veredicto; sin embargo, estimo que puede ser algo interesante.
—¿Te pones misterioso ahora?
—Me está interesando el caso de esa joven llamada Alicia, Alicia

Dover.
—Bien, cuando desveles el misterio ya me informarás.
—Por supuesto, no quiero hacer chismes de cocina sino dar unos datos que pudieran ser coincidentes.
—¿Vas a interrogar a quienes han visto a la tabernera pelirroja, es decir, a su fantasma?
—Los que la han visto, que yo sepa, han sido todos alcohólicos.
—Esa muchacha no lo es.
—Sin embargo, aunque no me has hablado de ello, sé que es una de las jóvenes implicadas en el suceso de las chicas defenestradas.
—Es cierto, ella estaba en el grupo, pero se le hicieron análisis de sangre y se determinó que no se había drogado y e! porcentaje de alcohol no era alto.
—Sin embargo, las chicas muertas sí estaban drogadas.
—No se le puede culpar a ella.
—No la culpo, pero ya sabes, la juventud está desorienta da y busca en la droga una seguridad que, por supuesto, no va a encontrar. En todo esto, ignora por qué razón, un punto coincidente es el alcohol o la droga.
—Si según dices han sido alcohólicos los que han visto al fantasma de la tabernera pelirroja, ¿cómo estaban beodos en una taberna que se halla abandonada?
—Lo que sé de ellos es que llevaban las botellas consigo.
—Las botellas, la soledad y el frío en un caserón ruinoso les ha provocado alucinaciones sin duda alguna. Además, todos están influenciados por el nombre de la taberna y creen ver el fantasma de la pelirroja, pero posiblemente si se pudiera conseguir una fotografía de esa mujer, desaparecida hace muchísimos años, los que dicen haberla visto no coincidirían en reconocerla.
—Es posible que no, eso sucede en cualquier incidente o accidente, los testigos coinciden difícilmente. En muchas ocasiones no se ha podido condenar a un culpable porque un abogado sagaz ha sabido sacar partido de la normal confusión de los testigos.
—Es cierto. Si los testigos de un accidente no hablan previamente entre sí, acaban dando marcas y modelos de vehículos distintos si se trata de un coche fugitivo.
—Sí, pero suele aparecer el testigo guía, el testigo que dice «el coche es de esa marca, de tal modelo y de equis color» y los demás, asienten, se reafirman en esa idea y luego son capaces de jurarlo en una corte, aunque posteriormente

te se demuestre que el coche no era de la marca, el modelo ni el color que todos hablan jurado, simplemente porque el testigo conductista, con más capacidad de sugestión que el resto, los habla convencido a todos estando equivocado él. En los casos que han caído en mis

manos, he sido muy cuidadoso y escrupuloso con los testimonios. No he dudado, en general, de la buena fe. Los perjuros, lógicamente, han sido castigados si han sido descubiertos, pero los errores existen y hay que tener mucho cuidado con ellos.

Comprendo tus precauciones, pero si has dicho algo, si has buscado en los archivos, es que has descubierto algo que puede llegar a ser interesante y tío dudo que me lo harás saber.

—¿Seguirás en contacto con esa muchacha?

—No lo dudes, Lewis está interesado en ella.

Cambiaron de conversación y media hora más tarde, el doctor Lastson abandonaba la casa del magistrado.

Cuando llegó a su casa, Lewis y Alicia estaban en la cama del joven marino. Ella se asustó un poco, pero él la tranquilizó acariciándole el rostro.

—No te preocupes. Yo me visto primero y bajo a ver a mi padre. Tú puedes irte vistiendo, ya hablaré con él.

—Va a pensar que...

—Si lo piensa, después de todo es verdad. Nos hemos acostado, ¿no?

—Sí, claro —admitió ella. Luego, alargando sus brazos hacia él, pidió —: Bésame, bésame otra vez, sólo a tu lado me siento segura.

—Hola, Lewis, no sabia que estuvieras en casa.

—Hemos estado en la taberna de la pelirroja.

—¿Hemos? —repitió el padre, puntualizando.

—Sí, Alicia y yo. Hemos seguido a un coche que luego ha desaparecido y allí hemos encontrado otro coche que nos ha confundido, es un coche que parece abandonado.

. —¿Y Alicia?

—Está en mi estudio, leyendo unas revistas, ahora bajará.

El doctor Lastson se sonrió. Muchos años de vida sobre sus huesos atacados por el reuma le habían dado comprensión, sabía dejar vivir.

CAPITULO IX

Cuando regresó a su pequeño apartamento, Alicia recibió una llamada de Martha. Esta, temblorosa, le dijo que iria a visitarla.
—Martha. no nos han despedido, sólo tenemos las vacaciones adelantadas, después volveremos a la oficina.
—Sí, pero me han dicho que mejor seria irme buscando un nuevo empleo. Yo, yo no sé qué hacer.
—Tranquilízate, ven a mi apartamento y charlaremos.
Cuando colgó el auricular, ella misma se sorprendió por la tranquilidad que había demostrado.
Pensó en Lewis y comprendió que había sido él quien le infundiera la seguridad que ya creía perdida. El le había dado sosiego y equilibrio cuando ya pensaba que la zozobra y el miedo se hablan apoderado de ella.
El lienzo de la zíngara lo habla descolgado y envuelto con papeles para no verlo, le producía angustia. Temía que en cualquier momento aquella imagen cobrara vida propia y se la quedara mirando con malignidad.
Martha no llegó sola sino que lo hizo acompañada de Judith.
Esta se encogía de hombros a cada momento, diciendo:
—A mí me da igual, me buscaré un empleo con más libertad. Aquella oficina es un penal. Está limpia, es cierto, pero decidme qué diferencia hay entre trabajar dentro de la prisión o en la oficina en que estamos.
—Pues, que cuando termina la jornada laboral puedes irte adonde te dé la gana.
—No es para tanto, las reclusas también ven la televisión.
Martha le rebatió:
—La oficina te da seguridad.
— Hay que tener miras más amplias. Buscaré un empleo de secretaria particular en el despacho de algún profesional liberal, un abogado, un médico, un arquitecto cualquiera. Ellos te dejan más tiempo libre y además, viajan.
—No creas —le replicó Alicia—. Pueden hacerte trabajar más horas de las deseadas.
—Bueno, si se presta un ligue pagado, ¿por qué no? La muerte está cerca de nosotras, muy cerca. Ninguna de las tres olvidaremos nunca a Lolita y a Evelyn, las dos muertas cuando todo parecía hermoso y divertido.
—Y surgió lo monstruoso —completó Alicia.
—Si hay que vivir, hemos de hacerlo con ganas, hay que pasarlo bien. Para cuatro días que se vive.
—Tú has insinuado que vas a prostituirte —le dijo Martha.
—Tanto como prostituirme... Sólo he hablado de hacerle la vida más

relajada al jefe de ve¿ en cuando, nada más —se las quedó mirando casi con incredulidad—. ¿Acaso vosotras no lo haríais?
—Yo, no —dijo Alicia, rotunda.
Martha miró a Alicia interrogante y ésta respondió:
—Para mí, el sexo es amor. Sin amor, el sexo no es lo mío.
—Vaya, así pensáis que soy una furcia en ciernes.
—No decimos tanto, sólo que se empieza cediendo un poco y se puede acabar en el Soho o en las camas de los muelles de Southampton. Creo que hay que poner un poco de freno al principio, o nos respetamos nosotras mismas o no nos respeta nadie.
—Bueno, ya está bien de cháchara, lo que es yo no voy a arrodillarme ante el déspota de míster Johnson que sí no se aprovecha de muchas de nosotras es porque es un marica, que se enmascara con actitudes casi religiosas.
—¿Por qué no hablamos de otra cosa? —preguntó Martha.
—¿Os dais cuenta de que no habíamos hablado a solas desde el momento en que ocurrió la tragedia. la horrible tragedia en que Evelyn y Lolita salieron volando por las ventanas? —preguntó Alicia.
—A mi, los juegos de brujería y espiritismos no me gustan, no debimos comenzar con velas.
—¿Tú qué viste, Judith?
—¿Cuándo?
—Cuando ocurrió lo que ocurrió, no te hagas la tonta.
—Pues, no recuerdo nada —miró a Alicia y ante la incredulidad que reflejaban los ojos de ésta, replicó—: La policía y el juez me preguntaron lo mismo y les dije la verdad, yo no vi nada. Las velas se apagaron, todas gritabais y yo también grité, me contagié de vuestro miedo. Veía sombras, muchas sombras, y no sé cómo las veía si nos quedamos a oscuras. Estaba confusa, todo fue muy rápido.
Alicia insistió:
—¿De veras no viste nada?
—No. Decíais que había monstruos por todas partes y yo, yo me !o creí todo.
—¿Y tú, Martha?
—Pues, Io mismo. A mí me ponen en una habitación a solas con un hombre o con dos y, tranquila, me sonrío y espero a ver qué pasa, pero me pones en una de esas casas encantadas de las ferias y es que me pongo a gritar nada más tocarme la espalda, no sé lo que me pasa.
—¿Y todo esto es lo que declaraste a la policía?
Ambas asintieron con la cabeza y Alicia se sintió aún más confundida.
Se levantó de súbito y tomando el lienzo envuelto en papeles, se deshizo de éstos y les mostró la pintura preguntando:
—¿Qué os parece?
—¿Lo has pintado tú? —preguntó Judith.

—No, qué va, es de un pintor profesional. Lo compré en una galería de arte, sólo os pregunto lo que os parece.
—¿No veis nada de particular en este cuadro?
—No —repitieron ambas.
—Lo compré por un precio adecuado. Incluso, hablé con el pintor, es un hombre muy anciano que ya no puede pintar. Sus cuadros se revalorizan en seguida.
—Entonces, ¿has hecho un buen negocio?
Judith respondió:
—Negocio, no sé, pero una cosa es ver el lienzo en la galería de arte y otra tenerlo en el apartamento. Aquí no me acaba de convencer.
—¿No te gusta? —preguntó Martha.
—No del todo. Toma, te lo regalo.
—¿Cómo dices?
—Que te lo regalo.
—¿No me estás diciendo que te lo compre? —insistió Martha, mirándola interrogante.
—No, te lo regalo.
—¿Y qué voy a hacer yo con el cuadro?
—No sé. lo cuelgas en tu apartamento o lo vendes, a mí me da lo mismo, ya te lo he regalado.
—Pues, muy bien. —Lo tomó, lo remiró y preguntó—: ¿Y de verdad no te enfadarás si lo vendo en Portobello?
—No. te lo he dado ya, tú eres la dueña.
—Está bien, veré lo que hago con él. No soy muy amiga de la pintura. Lo cierto es que no tengo ningún lienzo. Este será el primero, no me gastaría ni una guinea en estas cosas, pero si es regalado...
Mientras Alicia preparaba un té con pastas, Martha preguntó:
—¿Por qué no hacemos un viaje juntas?
—Por mí. de acuerdo —aceptó Judith.
—Es que yo... —comenzó a decir Alicia.
—¿El marino?
—Si, Martha, el marino. Me gusta, lo confieso.
—Si yo tuviera ese ejemplar para mí. no lo soltaría —sus piró Judith.
—El Mediterráneo tiene mucho sol, Mallorca, Ibiza, la Costa Dorada, podríamos ir a cualquier lugar de ésos.
—Oye, dile a tu marino que tenga paciencia un par de semanas, lo que propone Martha no es mala idea. Hay muchas agencias que te organizan el viaje a las playas españolas por un precio módico y desde allí le enviamos postales al jefe de personal.
—Lo pensaré —admitió Alicia sin comprometerse.
—Estamos de vacaciones, sol es lo que nos iría mejor —insistió Martha mientras tomaba su té.
Alicia pensó que era mejor no relatarles lo ocurrido en la taberna de la

pelirroja. No quiso decirles que creía haber visto los fantasmas de Lolita y Evelyn, hubiera sido demasía-do para la asustada Martha.
—Yo no quise ir al entierro —dijo Judith de pronto.
Martha explicó:
—A Evelyn la incineraron.
—¿Y Lolita? —preguntó Alicia.
—Creo que había donado su cuerpo para la ciencia. En realidad, sólo hubo funeral, no entierro.
—No lo sabía —confesó Judith.
—Yo tampoco, pero ¿es cierto que Lolita dio todo su cuerpo para la ciencia? —se asombró.
—Los estudiantes habrán disfrutado, Lolita era hermosa —opinó Judith y añadió- Me estremezco imaginando a los estudiantes con el bisturí en la mano, haciendo pedazos el cuerpo, cortándome las orejas, los dedos, las piernas.
—Por favor, no sigas, me da escalofríos sólo imaginarlo —confesó Alicia.
—Después de todo, cuando entró en la sala de autopsias, no estaría hermosa sino rota como una muñeca destrozada —indicó judith.
Martha pidió:
—¿Por qué no hablamos de cosas más animadas?
Alicia puso música que pudiera distraerlas; sin embarga, resultaba difícil que pensaran en cosas que no se relacionaran de una forma u otra con la tragedia en la que perecieran sus dos amigas.
—A mí, por el momento, se me ocurre que podemos ir a algún espectáculo, no creo que con ello traicionemos la memoria de Lolita y Evelyn. Debemos distraernos, ya tenemos bastante con la jugada que nos ha hecho el jefe de personal. En realidad, lo que quiere ese marica es que nos larguemos de la empresa porque, según él, provocarnos escándalo y dañamos el buen nombre de la sociedad que nos da un salario. Jo, como si no nos lo ganáramos sudando la solla.
—¿Qué te parece a ti, Alicia? —preguntó Martha.
—¿El qué? —inquirió, como distraída.
—Pues, eso de ir a un espectáculo.
—Si es musical, acepto.
Buscaron en un programa de espectáculos y escogieron una revista musical rock sin mucha fama para no encontrarse conque no había entradas.
Llamaron a la taquilla y tras cerciorarse de que había entradas, las tres subieron a! coche de Alicia y se dirigieron al teatro.
El espectáculo, con mucho color y música, no consiguió entusiasmarlas pero sí las entretuvo y distrajo, que era lo que buscaban las tres.
AS terminar, subieron de nuevo al coche de Alicia y Martha propuso:

—¿Por qué no nos vamos a dormir a tu apartamento? Estaremos más unidas.
—A mí no me importa —dijo Alicia.
—Yo dormiré en el. sofá —indicó Judith—, ¿Tienes polio frío en la nevera?
—Sí, no es muy bueno, pero es polio frío.
Alicia conducía su pequeño vehículo. Cuando se detuvieron frente a un semáforo, se les acercó otro automóvil con las luces encendidas. Las calles estaban prácticamente vacías.
Un joven con rizos rubios asomó su cabeza por la ventanilla, gritándoles:
—¡Venid con nosotros, os divertiréis!
—Anímate, Judith, podemos pasarlo bien.
Alicia pisó el freno y dejó que el otro coche se alejara.
—¿Qué te pasa? —preguntó Martha, sorprendida.
—¡No, nooo!
—Pero, ¿qué es lo que te ocurre? Esos chicos no estaban mal —se quejó Judith.
—No, no, son ellos, son ellos.
—¿Ellos, quiénes? —insistió Martha.
—¡Los fantasmas, son los fantasmas que me persiguen, me acosan, son ellos, ellos!

CAPÍTULO X

—Lo mejor será que tomes un calmante para dormir —propuso Judith a Alicia, que se hallaba muy abatida.
—No me creéis, ¿verdad?
—Eso es sólo una alucinación —le dijo Judith que era la
que parecía más entera de las tres. Su estado de ánimo parecía difícil que se desmoronara.
Está bien, tomaré un calmante. Tengo que dormir, descansar, huir de todo esto que me sucede.
—Pero, ¿quién puede ser el joven de los rizos rubios? —preguntó Martha, interesada.
—No lo sé, como tampoco sé quiénes son las chicas que van con él; sólo sé que siempre me conducen a la taberna de la pelirroja.
—Estás sugestionada, Alicia, sólo sugestionada, una casa en ruinas siempre impresiona. No deberías visitarla —le dijo Martha.
—Claro que, si no llega a ir por allí, no hubiera conocido a su marino —dijo Judith, tratando de bromear.
Estuvieron charlando un poco más y Martha decidió acostarse en la cama de Alicia.
Judith se arregló el sofá. Se apagaron las luces y Alicia se sumió en un profundo sopor. Su mente estaba impresionada por el acoso de que se sentía objeto, pero el poderoso calmante hizo su efecto.
—¡Maldita, maldita seas tú y tus hijas y las hijas de tus hijas, maldita seas, maldita!
La maldición llegó clara a su mente. Sabía que estaba durmiendo, que si algo ocurría sería una pesadilla; no obstante, se sentía angustiada.
De entre la oscuridad surgió un rostro que identificó con prontitud. Era la zíngara, no le cabía duda alguna, la zíngara Selene estaba allí, frente a ella.
—Es un sueño, una pesadilla, sí, una pesadilla —se repetía Alicia para sí, sin llegar a adquirir la seguridad plena de que aquello era un sueño realmente y temiendo que al despertar se encontrara con la zíngara, con el cuadro desde el cual ella la miraba.
—Maldita seas, tus hijas y las hijas de tus hijas, maldita seas —repetía la zíngara con su voz rota.
—¡No, no, no! —gritó, despertando.
A su lado, Martha la sujetó, pidiéndole:
— Cálmate, cálmate, es una pesadilla, sólo una pesadilla.
Alicia jadeaba. De pronto, se volvió hacia Martha y sollozó convulsivamente.
—Tengo miedo, mucho miedo.
—Tranquilízate, estás impresionada; además, los somníferos a veces tienen malas bromas.

—Sí, creo que me sentó mal el somnífero.
—Verás como mañana todo está bien.
—Ahora tengo sed, mucha sed.
—Espera, te traeré un vaso de agua.
Martha se levantó, saliendo de la habitación. Alicia esperaba oir el grifo del agua, pero lo que oyó, estremeciéndola, fue el chillido de terror que lanzó Martha.
Antes de que pudiera saltar de la cama, su amiga reapareció en la puerta, descompuesta.
—¡Alicia, Alicia!
—¿Qué pasa?
—¡Judith!
—¿Qué pasa con Judith?
—¡Está muerta!
—No...
—Sí, sí, está muerta.
Alicia hubiera querido tener alas para escapar de allí sin ver a su amiga, pero no podía hacerlo y aquél era su apartamento.
Se levantó y despacio, muy despacio, corno si temiera despertar a un inocente, se acercó al sofá.
Allí estaba Judith con los ojos abiertos, unos ojos ya vidriosos y una expresión de terror en todo su rostro. Su cuerpo semejaba roto.
Las miradas de las dos muchachas se clavaron en el lienzo que se hallaba sobre la alfombra.
—La zíngara Selene —musitó Alicia despacio y tuvo la impresión de que aquel rostro le sonreía malignamente.
—¿Qué hacemos?
—Llamar a la policía —respondió Alicia.
—¿No será demasiado?
—¿Por qué?
—No olvides a Lolita ni a Evelyn.
—¿Y qué propones tú?
—No sé, no sé, estoy confundida, pero si viene la policía mañana saldremos en el periódico y el jefe de personal dirá que tenía motivos más que sobrados para largarnos.
—No voy a conservar el cadáver de Judith aquí, ¿verdad?
—No, pero si yo me fuera...
—¿Tú?
—Sí, yo puedo irme y será como que Judith se quedó aquí contigo.
—¿Quieres dejarme sola?
—Alicia, compréndelo. Tengo miedo, no quiero que vuelvan a interrogarme como a una criminal, yo no he hecho nada, tú lo sabes.
. —Yo tampoco.
—Pero éste es tu apartamento. Yo puedo marcharme y, por lo menos,

no sufriremos las dos.
—Está bien, vete,
—No lo tomes a mal, Alicia, pero es mejor que sólo sufra una. ¿Qué ganarías tú conque la policía me interrogara a mi también?
—Nada, márchate.
Martha balbuceó un «gracias». Tomó su abrigo y salió del apartamento.
Alicia, sin tocar nada, levantó el teléfono y llamó a Scotland Yard.

CAPITULO XI

El inspector de Scotiand Yard se llamaba Window, era un hombre calvo, de facciones duras que hacía esfuerzos por ser amable,
—Se So juro,.nada de drogas.
—Los juramentos guárdelos para la corte, miss Dover.
—¿La corte? No irán a procesarme, ¿verdad?
—No, por ahora, el juez ya determinará lo que se haya de hacer. Cuénteme lo que hizo durante la noche.
-—Si ya se lo he dicho dos veces...
—No importa, una tercera puede ser útil.
—Usted espera que me confunda, ¿verdad?
—No tiene testigos de nada, compréndalo, hemos de fiarnos de su palabra.
—No hice nada, nada, Judith era mi amiga.
—En torno a usted han sucedido demasiadas cosas desagradables. Esta es la tercera de sus amigas que muere en circunstancias anormales. ¿No cree que es muy extraño?
—Es extraño, lo admito, pero yo no tengo la culpa de nada.
—¿A qué cree que fue debido que las otras dos muchachas se lanzaran al vacío desde un séptimo piso?
—No lo sé, el juez dijo que sería enajenación por ingestión de drogas, eso será.
Sonó el timbre del teléfono. El inspector lo descolgó y tras identificarse, escuchó. Luego, pidió al mecanógrafo:
—La declaración.
ES mecanógrafo le entregó una hoja escrita a máquina,
una hoja muy espesa que el inspector leyó en silencio y luego se la tendió a Alicia:
-—Fírmela y ya puede marcharse.
Alicia leyó su propia declaración. Cuando hubo terminado, observó interrogante al inspector de Scotland Yard.
—Firme.
—¿No me van a procesar?
- No. El examen forense se hará más extenso, pero parece ser que la muerte de su amiga fue por fallo cardíaco. Ella no lo sabía pero sufría una lesión cardíaca que la llevó a la muerte durante la noche; sin embargo...
Ante la larga pausa que hacía el hombre de Scotland Yard, Alicia inquirió:
—Sin embargo, ¿qué?
—Aparece usted implicada en demasiados asuntos feos. Tendrá que estar dispuesta a aparecer por la comisaría cada vez que se la requiera, no es normal lo que le ocurre.

—Sí, eso creo yo también.
—¿Puede darle alguna explicación9
—No, sí dice que ha muerto del corazón... —Inclinó la cabeza y se puso a sollozar.
El hombre de Scotland Yard suspiró.
—Puede irse y le recomiendo que no aparezca por ningún lugar donde haya drogas o alcohol. Si vuelve a suceder algún hecho desagradable en torno a usted, tendremos que volver a interrogar pero más a fondo, usted lo comprenderá.
Alicia asintió con la cabeza, enjugó sus lagrimas y con los ojos enrojecidos salió a la calle.
Una vez más se encontró con la figura de Lewis que la aguardaba y fue directamente hacia él, abrazándole.
—¿Qué crees que ha pasado esta vez, Alicia?
—Dicen que mi amiga Judith ha muerto de un ataque cardíaco.
—Pero tú no lo crees, ¿verdad?
—No, no lo creo.
-¿Y?
—Anda, ven a mi coche.
Lewis la llevó a su coche de color verde oscuro, un coche
que había adquirido de segunda mano, pues éi no daba gran importancia al coche, ya que pasaba mucho tiempo en la mar.
—¿Te llevo a tu apartamento?
—No, no, allí no, no podría resistirlo.
—¿Crees que ha tenido algo que ver con la tabernera pelirroja?
—No, no es ella, es la zíngara.
—Lo dices con mucha seguridad.
—Sí, Judith murió por la zíngara, algo pasó que ya no sabremos jamás. Estoy convencida de que la miró, la miró como a mí y Judith, que tenía el corazón tocado por una enfermedad, según han dicho los de la autopsia, no pudo resistirlo.
—Tú estás convencida de que en ese cuadro hay un secreto, ¿verdad?
—Sí, ese lienzo no es normal. Aquellos fantasmas o lo que fueran me condujeron a la galería de arte sin yo darme cuenta. Todo quedó listo para que yo me llevara el cuadro y lo hice como una incauta.
—Hablas como si el cuadro estuviera embrujado.
—Lo está, no te quepa duda, lo está.
—Si lo está, sólo hay un hombre que puede saberlo.
—¿Georgio?
—Sí.
Lewis Lastson hizo girar el volante cambiando la dirección.
Alicia lo notó y no dijo nada. Intuía hacia dónde la iba a llevar.
Bajaron a la lúgubre taberna, mas allí no estaba el viejo Georgio y el tabernero, después de agradecer una generosa propina que le dio

Lewis, les dijo simplemente:
—Hace días que no viene por aquí, estará en su habitación. Ya saben, ha habido humedad en los últimos días.
Tuvieron que subir la empinada y destartalada escalera del viejo edificio.
Uno de ¡os pisos había sido dividido en habitaciones y en una de ellas, que disponía de un angustiante ventanuco que daba a un patio interior, se cobijaba Georgio.
Una mujeruca que caminaba escorada hacia su derecha, porque una de sus piernas parecía mucho más corta que !a otra, les gruñó más que ¡es indicó cuál era la habitación de Georgio.
Llamaron a la puerta y no obtuvieron respuesta.
Alicia miró a Lewis y éste, empuñando el pomo, ¡o hizo girar. La puerta cedió,
Aquel cuarto, reducto del artista explotado, apestaba de ta! forma que Alicia tuvo que hacer un esfuerzo para contener las arcadas que la invadían. Allí olía a suciedad, a humanidad, y podía decirse que también a muerte.
Georgio yacía tendido en su lecho, Respiraba ruidosamente y no era la suya la respiración de un borracho o de un hombre resfriado y cansado, era algo más. Era una respiración cavernosa, una respiración que debían conocer muy bien quienes se hallaban a cargo de las residencias de ancianos, ancianos a! borde de la muerte.
Era una respiración que exigía vida más que aire y en la que se entremezclaban ¡os humores sanguinolentos con densas mucosidades, una respiración que jamás volvería a ser limpia.
—Georgio, ¿me oyes?
El pintor abrió unos ojos que parecían empañados por el vaho mohoso que pudiera desprenderse de un sudario.
—Me muero... —dijo muy despacio.
La voz oscura y rota se unía a la ruidosa respiración y era como si sus palabras salieran del fondo de una caverna infernal.
—Habría que llamar a una ambulancia —dijo Alicia—. Este hombre ha de ser internado en cuidados intensivos.
—¿Para qué? —preguntó Lewis— En cuidados intensivos, lo único que conseguirán es prolongar su agonía.
—Pero, aquí es una muerte miserable.
—En la unidad de cuidados intensivos sería una muerte ' fría. Cuando la muerte llega, Siega a todas partes. Nos hemos empeñado en glorificar la muerte del guerrero, en bendecir la del prohombre que se ve rodeado de sus familiares y descendientes y en maldecir la del suicida que se arroja a un pozo,
pero la muerte está en todos y a los pocos días son lo mismo.
--Que me reduzcan a cenizas y las metan dentro de un tonel de vino...

—¿Bromea? —preguntó Alicia, asombrada por las palabras que acababa de balbucir e! viejo pintor.
Lewis opinó:
—No bromea. Posiblemente desea que sus cenizas sean introducidas en el tonel de vino de una taberna para estar siempre en remojo.
—Sería como envenenar el vino.
—No creo. Al principio cogería un sabor algo especial, nada más.
—Me parece horrible.
—Georgio, ¿qué puede decirnos de Selene?
Aquellos ojos empañados por la muerte se volvieron hacia Lewis y éste tuvo la impresión de que el anciano agonizante le veía deformado.
—-Era una bruja —musitó despacio, sus palabras apenas se entendían.
—¿Una bruja en toda la extensión de la palabra? Usted
me comprende, Georgio.
—Sí, Selene era una bruja. Bebía, bebía y maldecía también. Toda la familia hemos sido borrachos, todos, pero conmigo se acaba.
—¿No hay más descendientes de Selene?
—No —respondió Georgio—. El espíritu de Selene muere conmigo.
—¿De verdad pintaba a Selene porque se vendía bien?
—La pintaba porque ella quería seguir viviendo y movía mis dedos, mis pinceles. No podía decirlo, no podía, ahora si., mis dedos ya no pueden pintar, mis ojos apenas ven.
—Pero, ¿ella murió? —insistió Alicia.
—No lo sabemos, desapareció. Era una bruja con muchos poderes. Nosotros somos una familia longeva, el alcohol no ha podido con nosotros, lo llevamos en la sangre como Selene. Y vosotros, ¿quiénes sois?
Yo soy Lewis Lastson.
--Y yo, Alicia Dover.
—¿Dover? Sé que hubo una Dover maldita, sí, mi madre me lo contó, lo recuerdo, aunque la mente me falla a veces.
Alicia se ponía nerviosa al comprobar que apenas se entendían las palabras del anciano Georgio cuya vida escapaba a borbotones.
—¿Quién era esa mujer?
—La tabernera pelirroja —respondió el anciano con dificultades.
—No es posible que se llamara Dover, no es posible —protestó Alicia, como negándose a creerlo.
Lewis miró preocupado a Alicia; aquella revelación parecía excesiva para entender mejor por qué la joven terminaba siempre en el maldito caserón en ruinas donde se le aparecían los fantasmas.
--¿Tiene algo que pueda demostrar lo que dice? —inquirió Lewis.
—Tengo, tengo un pequeño retrato de Selene. Está en mi billetera.
Lewis no dudó en buscar la billetera, muy vieja y raída. Dentro no había ningún billete, estaba vacía, ni siquiera tarjetas de visita

contenía, sólo un boleto que Lewis examinó y dijo;
—Sólo hay este boleto de empeño.
—Una libra me dieron por el retrato, una libra. Os lo podéis quedar, me bebí la libra, el alcohol es mi única medicina.
—¿Quiere que le llevemos al hospital?
—No. Sólo quiero que mis cenizas se hundan en el vino de un tonel. Tengo ganas de morir, vivir ha sido una maldición.
Cerró los ojos. Lewis le tomó la mano anquilosada, patética. Era una mano fría, sin calor. Por la posición de los dedos se había transformado y ya no parecía humana.
—Se ha dormido —dijo Lewis.
—Así morirá.
—Ha vivido solo, vivir en las tabernas es vivir en la soledad acompañada.
Dejaron al anciano, nada podían hacer. El se negaba a ser trasladado a un hospital donde hubiera muerto lo mismo.
En el establecimiento de empeños no hubo dificultad alguna para rescatar e! retrato que consistía en un pequeño camafeo. pintado sobre madera de ébano.
Lewis y Alicia se lo quedaron mirando. Era la cabeza de Selene metida dentro de un vaso de vino y tenia unos efectos bastante buenos.
El pintor debió ser un artista genial y sobre aquel retrato, al parecer, Georgio había pintado sus muchos cuadros siempre con la imagen de Selene,
—¿Qué podemos conseguir con esto? —preguntó Alicia.
—No lo sé.
—Aquí aparece más joven.
—Sí, más joven, pero ya estaba metida en alcohol como su bisnieto Georgio y como él ha dicho, todos eran longevos. Vivían muchos, muchos años, de forma incomprensible.
—Lo que me preocupa es lo que ha dicho de la tabernera pelirroja.
—Eso ya lo averiguaré, no creo que sea difícil; sin embargo, podríamos empezar averiguando lo que sabes de tu pro pió árbol genealógico.
La sinceridad de Alicia fue tan lacónica como aplastante.
—Nada.

CAPÍTULO XII

El doctor Lastson terminaba de atender al último paciente que había acudido a su consulta privada, recomendándole:
—Limpieza de pulmones con estos antibióticos.
El hombre, un marino de pie! cortada por los vientos, asintió con la cabeza, pero era muy improbable que se aplicara la terapia recomendada y el doctor Lastson So sabia.
Cuando se quitó la bata, fue hacia la salida donde le aguardaba el juez Himmer que había acudido a visitarle.
—¿No me das un scotch, viejo matasanos?
—¿Me estás pidiendo que me convierta en tu verdugo?
—Me temo que serías capaz de negarle el agua a un sediento en el desierto.
—Si supiera que iba a perjudicarle, puedes estar seguro de que se la negaría, sería mi obligación.
—En ocasiones, resultas inhumano —bromeó el juez Himmer.
—Sería inhumano si le ayudase a morir.
—Después de todo, si le ayudases a morir como indicas, no serías más que un hombre; ya sabes, homo hómini lupu, el hombre es un lobo para el hombre. Lo contrario, desgraciadamente, es la excepción que confirma la regla.
—Esperemos que no hayamos de comernos los unos a los otros.
—En cierto modo, lo hacemos, uno es rico en la medida que posee dentro de su caja de caudales las horas de trabajo de otros, el sudor del prójimo traducido en dinero.
—Está muy justiciero hoy, señor juez —bromeó el doctor Lastson.
Sacó una botella y escanció una pequeña cantidad del scotch que solicitaba su amigo, ofreciéndoselo.
—Así no me sentiré tan verdugo.
—Gracias. —Tomó la bebida y explicó—: He venido a verte porque ya tengo más datos,
—¿Sobre qué?
—Sobre Alicia Dover, ya conoces mi afición a la heráldica y a los árboles genealógicos en general.
—¿Y qué sabes de esa muchacha?
—Efectivamente es descendiente de la tabernera pelirroja que se llamaba a su vez Alicia Dover.
El doctor Lastson quedó tan sorprendido por aquella noticia que se sentó de golpe en su butaca de alto respaldo y grandes orejeras.
—Tengo la documentación al respecto —remachó el juez.
—¿No puede haber un error?
—No. La tabernera pelirroja que hubo cerca de nuestro village, una mujer muy especial, no estuvo casada pero tuvo una hija natural, Su

taberna era un reducto para pendencieros, la mayoría de ellos marinos o mejor dicho, hombres que habían sido marinos. La tabernera pelirroja murió ahogada una fría noche de invierno, se supuso que fue suicidio, pero no se pudo probar.
—Eso ya lo había oído contar, pero sólo conocía a esa mujer, casi legendaria, por el apodo de la pelirroja.
—Su hija desapareció de este lugar y murió también de forma violenta. Con la pistola de su marido, que era militar, se pegó un tiro en Southampton.
—Un claro suicidio.
—Así es. El militar estuvo en la India y entregó su hija al cuidado de una pariente, la cual, para borrar el estigma que significaba la desagradable muerte de la madre de la pequeña, cambió su nombre colocándole el Dover como preponderante. Se llamaba Nora Dover.
—¿Ella era la madre de la Alicia que conocemos?
—Eso parece. He comprobado los datos con ¡a ayuda de Scotland Yard que mantiene una atención sobre esta muchacha debido a los últimos acontecimientos.
—¿No le habrán complicado más la vida?
—En absoluto. Nora Dover se casó con un irlandés católico, se casó por la Iglesia Católica, pero unos pocos años más tarde, el matrimonio se separó y en vez del divorcio obtuvieron la nulidad.
»Nora Dover se arrojó desde un cuarto piso y la hija fue -adoptada por un matrimonio de Manchester que no le cambió el nombre.
—Vaya, vaya, hay un nexo común en todas que es el suicidio violento.
—Eso parece. He. logrado hilvanar la historia partiendo de la cabeza conocida que es la tabernera pelirroja, cuyos datos estaban aquí en el village, y de la cola que es la Alicia que tú conoces. Con la ayuda de unos amigos de Scotland Yard he terminado ligando esta pequeña saga trágica. La madre, la abuela y la bisabuela de Alicia murieron de forma trágica; bueno, en realidad no fue la bisabuela.
—¿No has dicho antes que...?
—Entre Alicia, la pelirroja de la taberna y la aparición de la mujer que murió en Southampton, hubo otras Dover que ignoro cómo murieron.
—¿No has dicho que la supuesta abuela era ¡a hija natural de la pelirroja?
—Sí, pero no. Hay más mujeres Dover de las cuales es más difícil hallar la pista. He dado un salto en el tiempo porque he considerado que no tiene demasiada importancia. Si se hiciera preciso investigar más a fondo podríamos llegar a encontrarnos conque la pelirroja de la taberna era la bisabuela física de la actual Alicia Dover. Una cosa sí está ciara y es que la tabernera se llamaba Alicia Dover y que las otras dos mujeres las he encontrado partiendo de la Alicia que tú conoces. He añadido lo que aquí quedó escrito sobre la tabernera pelirroja y ya

tenemos un dossier que considero bastante completo.
—Te comprendo, pero es preocupante. Será mejor no contárselo a la chica.
—¿Crees que la tendencia al suicidio es hereditaria?
—No exactamente, pero la depresión sí puede ser hereditaria, la muchacha podría sugestionarse. Lo mejor para ella es ignorar el modo como han terminado su madre, su abuela y la tabernera pelirroja.
—Y como médico, ¿qué dirías si la muchacha intentara lo mismo? Es evidente que ha tenido problemas. Amigas suyas se han suicidado en medio de la droga. No olvides que fue encontrada en la playa con un golpe en la cabeza que pudo resultar funesto.
—No lo sé, no soy psiquiatra, ni siquiera psicologo.
—Eres un médico muy humano con muchos años de experiencia y eso vale mucho.
—Gracias por tu opinión —hizo una pausa para encender su pipa y prosiguió— Hay cosas, sucesos, que escapan a la normalidad. Son misterios alucinantes, incluso, no tienen una explicación lógica. La ciencia los niega o peor, los ignora, pero los sucesos están ahí. Es evidente que la muchacha está afectada y de conocer estos hechos podría afectarse más aún. La tendencia ambienta! a! suicidio sí es contagiosa, sobre todo en personas depresivas o que tienen problemas que ellas consideran insolubles.
—¿Y Lewis?
—A él sí le pondré en antecedentes. La muchacha confía en él y si puede ayudarla, mucho mejor.
En aquellos momentos llegaron Lewis y la muchacha; ésta se mostraba afectada.
—Hola, juez Himmer —saludó Lewis.
Alicia se lo quedó mirando, inquisitiva. El doctor Lastson les presentó:
—Miss Alicia Dover, el juez Himmer, amigo de la familia.
—Celebro conocerla, señorita —le dijo el juez. Poco después se despedía.
—Bueno, hijo, Alicia se quedará a comer con nosotros, ¿verdad?
—Sí, claro, pero queríamos decirte algo importante.
--Tú dirás, Lewis.
—Hemos visitado a un viejo pintor que se muere en su cama, totalmente solo. La dueña de la pensión sólo gruñe porque quiere dinero.
—¿Quieres que haga alguna gestión para internarlo en un hospital?
—Papá, ese hombre es muy anciano, está agonizando y él quiere morir. Pienso que su situación es irreversible.
—Sí crees realmente que está al borde de la muerte, te diré que no es extraño el tipo de hombres que prefiere morir en su cama y no en la de un hospital. Suele pasar entre los que no rechazan la muerte sino

que la ven como un final lógico, incluso como una liberación de sus sufrimientos.
—Ese hombre ha pedido que cuando muera lo incineren y sumerjan sus cenizas en un tonel de vino —explicó Alicia.
-Una petición propia de un alcohólico.
--Dice que viene de una familia de longevos todos ellos alcohólicos. ¿Es eso posible?
—En el ser humano todo es posible, Lewis, todo, desde el centenario que dice que ha llegado a esta edad porque fuma cigarros hasta lo que me cuentas de alcohólicos longevos, pero los tantos por cientos de promedio en la vida normal son distintos. ¿Es amigo vuestro ese personaje?
—No exactamente. Yo compré un cuadro que había pintado este hombre —explicó Alicia.
—Es ley de vida, nacer, procrear y morir para que otros sigan cumpliendo el ciclo,
—Papá, ¿te importaría que Alicia se quedara aquí unos días?
—¿Aquí, en esta casa?
—Sí, tiene vacaciones y como vive sola...
—Por mi no hay ningún inconveniente, sólo ha de pensar ella misma que aquí vivimos nosotros dos solos. Durante el día viene la asistenta y la cocinera, pero por la noche no hay otras mujeres y pueden pensar mal.
—A mi no me importa lo que piensen los demás, soy liberal —dijo Alicia—, claro que si a usted, le preocupa...
—A mí no me preocupa, muchacha. Te hablaré con franqueza, lo que puede suceder es que le acuestes con mi hijo. Es una situación que treinta años atrás habría sido escanda losa, pero los tiempos, las costumbres y los años cambian y, por suerte para mí, no me he convertido en un reaccionario, de modo que. insisto, lo único que puede ocurrir es que lo pase muy agradablemente contigo. Si eso sucede, será tu problema, no el mío. Si te quedas y luego te ocurre algo de lo que puedas arrepentirte, ya se te ha advertido de antemano.
—Gracias por las puntualizaciones, pero me quedo.

CAPITULO XIII

Martha estuvo recorriendo la city de un lado para otro.

Se internó en varios grandes almacenes, comprando pequeñas cosas que le llamaban la atención y que en realidad no servían para nada, sólo para distraerse mientras las compraba.

Con esta válvula de escape consumista solía controlar su angustia, pero aquel día no lo conseguía.

Rehuía las calles solitarias y temía la llegada de la noche.

Evelvn, Lolita, Judith, todas habían muerto y a Alicia la había abandonado cobardemente en los momentos que debía haber permanecido junto a ella, se sentía culpable.

Caía la tarde y se sentía a punto de estallar, sus nervios iban a dispararse de un momento a otro. Si. eso ocurría, se convertiría en un espectáculo público en la calle o en el interior de cualquier establecimiento.

Llamarían a la policía y la internarían en una clínica para desequilibrados mentales o lo que sería peor, en el psiquiátrico judicial.

Entró en un bar y pidió un coñac doble. La mano le temblaba al llevarse el vaso a los labios.

En aquellos momentos, hubiera deseado tomar algún psicofárrnaco, pero había tenido ya desagradables experiencias con ellos en el college.

Buscó unas monedas y llamó por teléfono. Pegó su oído a! auricular y esperó a que brotara la voz de Alicia, pero ésta no respondió,

Colgó y volvió a llamar hasta tres veces por si existía la posibilidad de que se hubiera equivocado al marcar.

Salió a la calle.

Dentro de su cuerpo notaba el coñac que había tornado de un solo sorbo, sin vacilar ni respirar ante la extrañeza del camarero.

Pidió al taxista que la condujera al domicilio de Alicia,

Subió al miniapartamento con cierto temor, la angustia se reflejaba ya en su cara.

—Alicia, debes perdonarme, tenía miedo. Diré lo que quieras, perdóname —repitió para sí, como preparándose para vomitar sobre su amiga estas palabras.

Llamó varias veces oprimiendo el pulsador, pudo oír el gong sonando insistentemente.

—Alicia, ¿estás ahí? —llamó con la voz, como negándose a admitir que su amiga no estuviera en su apartamento.

Escuchó un ruido como si la cerradura acabara de ser abierta por una llave. Quedó perpleja unos instantes y luego, con cierto recelo, empujó la puerta que cedió.

Entró en el pequeño apartamento.
Comprobó que en la salita no estaba Alicia. Las luces se hallaban apagadas y apenas se veia, pues oscurecía rápidamente.
—¿Alicia?
No obtuvo respuesta. Aumentó su atención y sólo pudo oír el goteo de un grifo. Fue hasta el cuarto de aseo que encontró vacío.
Encendió la luz de la alcoba, una alcoba que conocía bien porque había dormido en ella. Sobre la cama estaba el cuadro de la zíngara Selene.
Martha cerró la luz y retrocedió hasta la puerta tras comprobar que el apartamento se hallaba vacio, aquel apartamento en el que Judith había muerto.
Iba a marcharse cuando escuchó una risa. Era un inicio de carcajada, hiriente, maligna.
Martha se volvió.
—Alicia, ¿estás ahí? —preguntó, llegando a creer que Alícia se había escondido en e armario para gastarle una broma. una broma que en aquellos momentos habría de resultar muy desagradable.
—Alicia, ¿estás ahí? —insistió.
Había llegado de nuevo a la alcoba, las risas procedían de su interior.
Puso sus dedos sobre el interruptor de la luz, lo accionó, pero las larnparitas no se encendieron. Lo movió varias veces y continuó sin conseguir la luz deseada, era como si las bombillas se hubieran fundido.
—¡Alicia, no juegues conmigo, no lo hagas, por favor, tengo miedo! Yo te dejé sola lo sé, lo sé y me arrepiento, vengo a que me perdones. No juegues conmigo, Alicia, date cuenta de que he hecho un esfuerzo para venir hasta tu apartamento.
Prosiguió la risa maligna, sonaba más cerca. Quien quiera que fuese estaba allí, riéndose.
—¡Alicia, no te burles de mí! ¿Dónde estás, por qué me haces esto, por qué?
Avanzó con miedo, sólo con la luz de la salita que le llegaba por la espalda.
La alcoba era de dimensiones reducidas. Fue hasta el armario y abrió la puerta, introduciendo sus manos como si estuviera ciega, buscando a su amiga con el tacto.
Su búsqueda en el armario resultó infructuosa.
Se volvió hacia el lecho sobre el que estaba depositado el cuadro que reflejaba a la zíngara Selene y se inclinó hasta arrodillarse para mirar debajo del mismo.
No vio nada y tanteó con las manos.
Cuando quiso volver a levantarse, unas manos la sujetaron por la cabeza, casi por la nuca.

—¡Suéltame, suéltame! —gritó, sacudiendo la cabeza.
Las manos que la sujetaban, más que humanas, parecían garras de un ser desconocido. Martha no lograba liberar su cabeza mientras las siniestras carcajadas de mujer, en tono bajo y grave, llenaban la alcoba.
Alargó sus manos hacia lo alto y apresó las muñecas de las que nacían aquellas manos que la atormentaban. Notó que eran esqueléticas.
Chilló ante la impresión aterradora que experimentó.
Se echó hacia atrás con violencia, consiguiendo liberarse de las terribles manos.
Retrocedió jadeante, sentada en el suelo. Se incorporó y pudo ver a la zíngara del cuadro que la miraba riéndose de ella. No le cupo ninguna duda de que el cuadro había cobrado vida y las manos que le sujetaran la cabeza debían haber salido de él.
Martha chilló histéricamente y corrió hacia la escalera. Descendió a trompicones, golpeándose a un lado y a otro, chillaba hasta que su voz se rompió.
Llegó a la calle, enloquecida por el espanto tras la experiencia vivida.
Las luces de las farolas y los anuncios publicitarios se clavaron en su mente trastornada a través de sus ojos.
A sus gritos se unieron otros y el escalofriante chirriar de un autobús de dos pisos; luego, un ruido extraño, nada común.
El chófer del autobús sintió como un golpe en el estómago y una inusitada flojedad en las piernas. Sabía muy bien que, pese al frenazo, la rueda delantera izquierda acababa de pasar por encima de la joven que había irrumpido en la calzada gritando.
Martha había recibido primero un golpe con el guardabarros y este golpe la hizo caer para que luego la rueda la aplastara.
Desde el borde de la acera, una mujer se la quedó mirando con mucha fijeza.
Martha vivió unos instantes. La rueda había terminado de pasar por su cuerpo, cortándolo en dos prácticamente. De pronto, abrió terriblemente la boca y la sangre escapó entre sus labios salpicando el asfalto.
La mujer que pudo verla en aquel trágico trance se desmayó mientras el conductor del vehículo se agarraba al volante como negándose a abandonar su asiento para comprobar lo que había sucedido.

CAPITULO XIV

Cuando Alicia se levantó para e! desayuno, el doctor Lastson. tras desearle los buenos días, le dijo:
—Lewis ha tenido que marcharse, posiblemente llegue al anochecer. Me ha pedido que cuide de ti.
—Muchas gracias, estoy segura de que lo hará muy bien.
Aquella mañana, Alicia salió a pasear por el village. Se acercó hasta el pequeño puerto pesquero y estuvo allí observando la mar oscura, una mar invernal y hostil.
Iba a regresar a la casa de ios Lastson cuando en dirección contraria vio llegar al juez Himmer.
Alicia iba a pasar por su lado con un saludo justo aunque cordial, pero el juez, en vez de hacerse a un lado, fue a su encuentro, cortándole el paso ceremoniosamente.
-—Buenos días, miss Dover.
Alicia correspondió al saludo.
—¿Desde que yo la vi en la casa del doctor Lastson ha permanecido usted aquí?
—¿Se refiere en el village?
-Sí.
—Pues, así es. ¿Por qué me lo pregunta?
—Me ha llamado un amigo de Scotland Yard, interesado por usted.
—¿De Scotland Yard?
—Sí. Yo, bueno, tuve la debilidad de hablar de usted con él. Creo que sería prolijo enumerar las causas que me empujaron a hacerlo.
—¿Trata de decirme que estoy vigilada?
—No exactamente.
—¿Entonces? —preguntó susceptible, al borde de la irritación.
—Se dejó usted abierta la puerta de su apartamento ayer.
—¿La puerta abierta? . —Parpadeó, incrédula—. Juraría que no. Cuando la policía hubo investigado, cerró la puerta. El cadáver de mi amiga ya había sido retirado. Usted lo sabe, ¿verdad?
—Entonces, ¿no regresó al apartamento?
—No. Fue la policía quien lo cerró después de buscar no sé qué, quizás drogas que yo no tengo.
—Mi amigo de Scotland Yard no me ha dado tantos detalles. Usted tiene las llaves del apartamento, ¿no es cierto?
-Sí.
—¿Y podría probar que no estuvo en el apartamento?
—¿A qué vienen tantas preguntas, qué es lo que ha sucedido? —le inquirió, muy nerviosa. Toda la angustia que había conseguido sujetar dentro de su cuerpo reaparecía de nuevo ante la intuición de que algo malo había ocurrido.

—¿Y no dio a nadie llaves de su apartamento?
—¿Esto es un interrogatorio?
—Por lo visto, otra amiga de usted, compañera de trabajo, una muchacha que estuvo en la desgraciada noche de las chicas que volaron hacia la muerte…
—¡Martha! ¿Qué ha pasado con Martha?
—Tranquilícese. —La cogió por el brazo, haciéndola caminar—. Ayer, Martha estuvo en su apartamento. ¿Qué cree que pudo ir a buscar?
—Nada, creo que nada, salvo que me buscara a mí.
—Sí, claro, ella debió pensar que la encontraría a usted en el apartamento, sería lo lógico.
El juez saludó con su habitual cordialidad a unos vecinos del lugar que pasaron junto a ellos; luego, prosiguió:
—La amiga de usted sufrió un fatal accidente.
—¿Accidente, cómo, cuándo?
—Ayer noche. Estuvo en el apartamento de usted y al marcharse la puerta quedó abierta. Por lo que cuentan los testigos, salió gritando, como asustada. Al salir a la calle y
querer cruzar la calzada, tuvo la desgracia de ser arrollada. Los testigos afirman que su muerte fue inevitable, el chófer del autobús no tuvo culpa alguna.
—Dios mío, Dios mío…
El juez la cogió por la espalda como sí fuera su propia hija y la apretó contra si, tratando de calmarla.
—Vamos, sea fuerte. Será mejor que se refugie en la casa del doctor.
Alicia se dejó llevar, de sus ojos no cesaron de brotar lágrimas.
ES juez explico a! doctor Lastson lo ocurrido y éste preparó un calmante para Alicia que se refugió en la alcoba que le habían destinado.
— ¿Seguro que dormirá? —preguntó el juez a su amigo el médico, fueron palabras que ¡a propia Alicia pudo oír antes de cerrar los ojos.
—Sí, seguro. Conviene que se calme, parece que la desgracia la persigue.
—Si, son demasiadas coincidencias, es como si fuera víctima de una maldición —admitió el juez.
En una horrible pesadilla, Alicia se vio rodeada por los terribles monstruos, insectos y arácnidos gigantes. Quería gritar pidiendo auxilio, pero la voz no salía de su garganta.
Cuando se sintió atrapada por las tenazas de un gigantesco y repulsivo escarabajo, despertó, empapada de sudor.
Respiró profundamente Permaneció sentada en la cama, recuperándose, y luego se levantó con sigilo. Fue hasta el aseo y allí se mojó la cara con agua fría. Después, se miró al espejo.
—No puedo seguir así, no puedo —se dijo.

Se daba cuenta, de que e! miedo, la angustia, el terror y el llanto estaban dejando huella en su rostro que poco tiempo . antes era alegre y confiado.
—Alicia, Alicia, ven, ven...
Oyó la llamada con claridad, pero al volverse no vio nada. No había nadie junto a ella en el cuarto de aseo,
—¿Quién eres?
—Soy la pelirroja, la maldita, ven.
—¿Dónde, dónde estás? —preguntó, y su mirada acabó clavándose en la pequeñísima ventana que había en el cuarto de aseo y que era como un ojo en Ia noche.
—Estoy en la taberna, ven, ven.
Alicia cogió el tubo de la crema de afeitar de Lewis, puso una parte de jabón cremoso en la palma de su mano y escribió sobre el espejo:
«LA TABERNA».
Después, se lavó las manos. Se vistió y salió de la casa sin que el doctor Lastson se percatara de ello.
Su pequeño coche no estaba allí, puesto que Lewis la había llevado en el suyo, pero sabía ya cuál era el camino de la taberna de la pelirroja, un camino pésimo para un automóvil pero aceptable para un ser humano.
Fue dejando atrás el village.
La noche la envolvió. La luna apenas daba luz, era luna vieja y el camino se tornaba difícil, Alicia no ¡levaba consigo ninguna linterna, simplemente acudía a la llamada del fantasma de su ancestro, la tabernera pelirroja
Avanzaba casi a tientas, tropezaba con las rocas salientes. Olía el aire salado y podía oír el oleaje de un mar embravecido y próximo que semejaba un monstruo ansioso de devorarla con sus altas y espumeantes olas, corno crestas dorsales de un interminable y rugiente dragón que, no obstante, parecía encadenado en la línea de la orilla y le pedía a Alicia que se acercara.
El viento se levantó de forma imperceptible, pero no tardó en adquirir fuerza en unos momentos en que el sendero se acercaba al borde de las rocas bajo las cuales rugían las olas.
Alicia sintió humedecerse su rostro por las diminutas gotitas que el aire traía consigo desde las crestas del espumoso oleaje.
Al fin, descubrió el siniestro caserón que había resistido a los embates de los elementos e incluso a los oleajes.
Frente a él estaba el coche abandonado.
Cuando Alicia cruzó el umbral de la taberna se encontró con la sorpresa de que dentro había luces encendidas y gente
divirtiéndose. Eran los seres fantásticos que viera en su primera visita a la taberna de la pelirroja.

Quedó muy sorprendida al volver a verlos reunidos. Allí estaban las chicas que la habían atormentado, el joven de los cabellos rubios con rizos y también la pelirroja que soltó una carcajada al verla.
En su mano sostenía el mazo de cartas del Tarot.
—Alicia, hija, acércate, acércate.
Alicia se fue acercando a la pelirroja despacio pero sin detenerse. Se enfrentaba a ella hasta decirle:
—Tú no estás aquí, estás muerta. Tú y todos ¡os que estáis aquí sois fantasmas, aquí no hay nadie, nadie.
Riéndose, la tabernera pelirroja admitió:
—Es cierto, hija, es cierto, somos fantasmas. Ellos son mis amigos, estamos juntos, nos ayudamos. Mis amigos te han traído aquí porque tú eres hija de las hijas de mis hijas y estás maldita como yo lo estuve.
—¿Maldita?
—Sí. maldita como yo.
—No lo entiendo, no lo puedo comprender,
—Hace años, muchos años, yo negué ¡a bebida a una bruja zíngara, sí, era una bruja borracha. La saqué g empellones de la taberna y ella me maldijo, a mí y a mis descendientes mujeres y tú eres una de ellas.
—Pero, ¿cómo?
—Sí, me maldijo diciéndome que sería atacada por los monstruos que yo provocaba en los espíritus de los hombres y mujeres a los que daba de beber vino, cerveza, whisky, los monstruos que ven cuando son borrachos empedernidos.
—¿El delirium tremens!
—Eso es, los monstruos que se crean en las mentes alucinadas de los alcohólicos. Ella, me acusó de crear alcohólicos, de ganar dinero a costa del vicio de los que entraban en mi taberna. La verdad es que tenía razón, pero me importó poco que me maldijera, lo malo es que ella era una bruja poderosa y consiguió que me atacaran los horribles monstruos. Tuve que correr hasta meterme en el mar para que no me devoraran y me ahogué, fue como suicidarme. Mis hijas están aquí y mis nietas. Tu bisabuela, tu abuela, tu madre...
—¿Mi madre?
—Sí, es aquella mujer que está al fondo. Se arrojó desde lo alto de un edificio.
Alicia escrutó a su madre; ella no la miraba, pero al volver el rostro, la muchacha se estremeció. Aquel rostro estaba aplastado y era un espectáculo alucinante.
—Todas, todas nos hemos matado, dicen que suicidado. Nadie sabe que hemos sido acosadas por los monstruos del delirium tremens. La maldición de la zíngara se ha cumplido. Ahora te tocará a ti, pero te ha llegado la hora sin que hayas tenido hija alguna y la maldición acabará, es una suerte.

—¡Yo no quiero morir!
—Lo siento, querida, no podrás impedirlo, la zíngara nos maldijo y tenía poderes, grandes poderes. Los monstruos nos han perseguido a todas, tú ya lo has visto. Esta es tu noche, antes del amanecer serás una de nosotras, vivirás en otro espacio.
—¡No quiero morir, no me suicidaré, no!
—No podrás impedirlo. La zíngara nos lanzó su maldición. Tu madre murió asi, tu abuela, tu bisabuela, todas. Yo fui la primera de la cadena y tú, la última, esto nos hace más iguales, incluso ambas nos llamamos Alicia Dover.
—¡No puedo creerlo, no puedo!
—La zíngara mató a tus amigas. Mira hacia la puerta, ahi están ellas. No sé por qué han tenido que morir también, pero mientras esa maldita arpía mantenga sus poderes, seguirá vengándose.
Alicia se horrorizó al ver a Evelyn, a Lolita. a ludith e incluso a la mismísima Martha; todas ofrecían un aspecto horrible que escalofriaba.
—¡No puedo mirarlas, no puedo!
—Tranquilízate, Alicia, pronto estarás con ellas, no podrás escapar a la maldición.
Entre dos cogieron a Alicia por los brazos. Casi en volandas, fue llevada sobre una mesa.
Rodeada por múltiples carcajadas de los que allí bebían y bebían, o cuando menos así lo parecía, la enfrentaron al espejo y la lanzaron contra él.
Lo atravesó como la Alicia de! cuento y como en la ocasión anterior, cayó rodando al otro lado. Se vio en la playa. El oleaje furioso estaba cerca de ella, las olas amenazaban con atraparla y devorarla.
Cuando se reincorporó sobre la arena, casi envuelta por la oscuridad, a lo lejos, sobre las rocas, divisó el caserón de la taberna.
Oía las carcajadas lejanas, había llegado el momento de ejecutarse la maldición que pesaba sobre ella por ser descendiente de la tabernera pelirroja.
El suelo comenzó a temblar, fue como si las olas se agitaran por debajo de la arena.
Entre los temblores de la arena comenzaron a crecer montañitas de las que surgieron los monstruos del delirium tremens. Ratas gigantes, arañas, escarabajos, murciélagos repugnantes que remontaron el vuelo chillando, volando sobre ella en círculo.
—¡Noooooo! —gritó Alicia sintiéndose acorralada por aquellos monstruos de pesadilla.
Escapaba a las patas, a los aguijones, a las tenazas que la acosaban.
—¡No, no!
Seguía retrocediendo y sus pies ya se hundían en el agua salada y

espumeante. Las olas rompían ya detrás de ella, empapándola.
Una ola grande la hizo caer.
Se sentía engullida por el agua, pero clavó sus dedos en la arena y se agarró, escapando a la siguiente ola.
Mas, no podía escapar de los monstruos que la tabernera pelirroja había provocado en sus víctimas a las que había estado emborrachando una noche tras otra para sacarles el oro de las bolsas.
—¡Noooo!
Se sintió arrastrada por las aguas mientras los monstruos Se impedían escapar hacia la tierra firme.
—¡Alicia, Alicia!
Aquella voz ¡e dio fuerzas.
—¡Lewis, Lewis!
—¡Alicia' —siguió llamándola en la noche, haciéndose oír entre medio de los ruidos del oleaje furioso.
De súbito, los monstruos desaparecieron como por arte de magia y Alicia vio al hombre que corría hacia ella.
—¡Lewis, Lewis!
Lewis la rescató, abrazándola contra sí.
—Tranquila, tranquila, todo ha pasado.
—Lewis, Lewis, estoy maldita, maldita, la zíngara me maldijo.
—Maldigámosla nosotros a ella.
Sacó el camafeo con el retrato de Selene. Al mirarlo, quedó asombrado.
—No hay nada, la imagen se ha borrado.
Lo que Alicia y Lewis ignoraban en aquellos momentos era que Georgio, el pintor, acababa de expirar y con él, el espíritu de la zíngara, ya que era su último descendiente.
La fuerza del espíritu de la zíngara acababa con la muerte del desgraciado pintor, ya que el espíritu de la bruja había pasado de un descendiente a otro, hasta el último.
—Maldita seas en el infierno que mereces —musitó Lewis, y arrojó al mar el camafeo en el que la efigie había desaparecido ya.
Las negras olas engulleron aquel pedacito de ébano cuando un estrépito les hizo volverse.
Pudieron ver cómo el caserón que tanto había resistido se derrumbaba íntegramente.
—Vámonos, Alicia. Es e! fin de la maldición, una vida nueva empieza para los dos.
Se aferró a Lewis y sintió que la fuerza de la vida regresaba a ella, inundándola.
Dos días más tarde, cuando en compañía de Lewis fue a su apartamento, encontraron el lienzo sobre la cama. También estaba negro, totalmente negro, no se veía en él imagen alguna.

El maléfico espirita había desaparecido.

F I N



COLECCION

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

Nunca sentirá tan real, tan viva y palpitante la sensación de una auténtica aventura espacial, como leyendo cada semana un título seleccionado para esta colección